

Andrés Cegarra Salcedo

ANTOLOGÍA

(PROSAS)

EDICIÓN HOMENAJE

1934

BIBLIOTECA REGIONAL



1105129

Para Carlos Ruiz Juncos, gran valor regional, escritor de fino talento, gran humanista, amigo de la poesía en prosa y en verso, y admirador de mis "Loas", cuando aún no se habían escrito en 1934. En homenaje a Andrés Barranta Salcedo, un Gabriel Miró de Murcia.

Mr. Oliver

23/6/48

fil. 39185

DMV R

4747

Ediciones SUDESTE
Colección "Auto-
res murcianos"
V o l u m e n ' I

R. 102-667



Andrés Cegarra Salcedo

ANTOLOGÍA

(PROSAS)

EDICIÓN HOMENAJE

1934

PROCEDENCIA BIBLIOTECA
CARLOS RUIZ-FUNES



Pluiz-Fung

**Copyright by Familia
Andrés Cegarra Sal-
cedo.—Murcia 1934**

RAZÓN DE ESTE LIBRO

Al editar, gracias a generosas aportaciones, este libro antológico, queremos destacar de toda la obra de Andrés Cegarra Salcedo, aquellas páginas que con más firmeza han de resistir los embates del tiempo. No porque su arquitectura sea ciclópea, sino porque a través de los encajes de su construcción pasarán, burlados, todos los vendavales literarios.

En lo posible, queda fuera de la presente selección lo que mayor valor documental pudiera tener para el biógrafo. Están, por tanto, en este volumen, las páginas fundamentales que entroncan a Andrés Cegarra Salcedo, con las escuelas plásticas y luministas de los grandes escritores levantinos.

Andamos muy remisos por aquí, al contrario que en otras tierras ibéricas, en la exaltación de los valores propios. Parece que no tenemos conciencia de nuestra personalidad, que no nos interesan los contornos espirituales de la región, cuyas raíces se afianzan en todas las culturas que florecieron en España.

Contra tal omisión luchan ahora la "Universidad Popular de Cartagena", la editorial "Sudeste"; luchamos los "Amigos de Andrés Cegarra Salcedo" que editamos este volumen de transida mediterraneidad.

Para Andrés Cegarra Salcedo, tan universalmente lleno en todas sus actividades de conciencia regional, creemos que este afán nuestro es el mejor homenaje, al que han prestado su fervoroso esfuerzo económico, numerosos lectores suyos, y las entidades oficiales de la provincia.

ANTONIO OLIVER BELMÁS

BIOGRAFIA DE ANDRÉS CEGARRA

les y del río nos acompañaba ya todo el año,—fino dardo de nostalgia—en el páramo estéril, seco y gris...

Nosotros veíamos todo el año hacia el norte, cerrando el horizonte con su telón de azul violeta, la sierra lejana. En ella, la cortadura del Puerto como una mella colosal; es el paso entre el valle del río y la gran llanura de más acá, tan diferentes y tan próximos paisajes.

El tren se mete por el Puerto, jadeando, retardando el compás de su marcha en la ascensión lenta, con ritmo de vértigo en el descenso.

Cuando ibámos nos parecía que las ruedas cantaban un himno; al retorno entonaban, cansinamente, una desencantada elegía...

Me acuerdo de aquella fondita en una calle estrecha cercana a la Catedral, donde se oían también las campanas de la gran torre; y de aquella blonda muchacha que tocaba al piano el prelude de "El Anillo de Hierro". En la sombría calleja retorcida, la antigua sonata adquiría un prestigio romántico, un encanto secreto y desconocido. ¿O todo es ahora obra de mi evocación? Aquella pobre muchacha fea, aquel desafinado piano, aquella ínfima fondita, viven en mi espíritu perdurablemente, entre un revuelo de catedralicias campanas que lo revisten todo con su estruendosa pompa musical.

Palmera, la más alta palmera que se columbra desde el Malecón, increíblemente esbelta, cimbreando en la

brisa su penacho y el tesoro amarillo de su fruto: ¡cómo te viste de oro el sol poniente, perezoso de entregarte a la noche y a la niebla fluvial! Alta palmera mora, la más alta que se columbra desde el Malecón, deja en esta prosa dedicada al bello tiempo de estudiante, la huella lírica que grabaste en el alma de los muchachos de la tierra yerma.

Recuerdo aquel remedo de feria que alcanzábamos a gozar en septiembre, junto al palacio episcopal. La verdadera pompa había pasado, quedaban las percalinas desteñidas, las adelfas marchitas y unos rezagados caballitos del Tío Vivo. Estudiábamos química y nos gustaba aún subir a los lomos de cartón. Luego, Pío Baroja nos enseñó que eso no es vergonzoso.

Había un cinematógrafo aquel año, con un órgano chillón en la puerta; un órgano lleno de dorados tan estruendosos como su propia trompetería. Y como había llovido en el Norte venía el río hinchado y rojo, estruendoso también en su cantata larga y ronca.

¡Oh, el absurdo de los suspensos, de los aprobados, de los notables, de los sobresalientes, de las matrículas de honor!

Recuerdo aquellas patillas de algodón en rama, aquella limpia mirada de niño en un rostro de anciano, aquella sonora voz de acentos tan cordiales; recuerdo aquel hombre tan sabio y tan bueno, con un leve peso en mi corazón.

NOCHE DE SEPTIEMBRE

Si el equinoccio no adelanta uno de sus inconscientes zapatos, estos primeros días de septiembre son el más bello regalo que el año puede hacernos. Tiempo de madura plenitud, tiempo en sazón perfecta, de jugosa pulpa frutal; y en su corazón, la amarga almendra del otoño presta a germinar poderosamente.

Ha perdido ya el cielo ese blanquecino esmeril, humaredas de horno, que le puso la canícula, y de nuevo tiene el gran zafiro su magnífica transparencia. En las albas y en los ocasos palpita una promesa de colorísimos rojos. Y por todo se diluye una melancolía balbuciente, una tristeza recién nacida, gota de acíbar en la miel que acaso por esto nos parezca más dulce.

Cuando la noche ha cubierto a la tierra con sus alas corvinas, una inmensa paz lo baña todo como agua inmóvil. ¡Qué deleite entonces, dejarnos a la espalda la ciudad epiléptica y meternos campiña adentro, por los rizados caminitos rurales que no se sabe dónde van!

Por ambas márgenes del sendero caprichoso, quieta tropa de arboledas dobladas con la dulce carga de las pomas. La tenue luz de las estrellitas apenas basta para envolver las cosas

en un resplandor de luciérnaga; mas ya está aquí la bonachona, mofletuda luna, derrochando su plata impalpable; ella sabe afilar las dos lanzas de nuestra mirada, que vuela hasta el paredón lejano de una sierra, por encima de la maraña de los huertos y de la carcava del río. En lo más sumido de la fosa fluvial, había unos harapos de niebla con el propósito de parecer fantasmas; se disuelven, asustados por la luz astral. Un ave de presa, ojos fosfóricos y blando plumaje, corta las sombras con un chasquido largo y descendente, de seda que se rasga. Y el cielo nos parece la frente enorme de un Polifemo negro y descomunal, porque se abrió del todo esa pupila de la luna. Y por ese agujero blanco se han puesto a soplar unos ángeles trasnochadores: brisa. El fino viento trae en sus brazos el perfume de las toronjas verdes todavía, el aliento de las apopléticas granadas, el áspero olor de los membrillos anémicos, como si el tiempo hubiera abierto su arca de coloso para cambiar las vestiduras exiguas del verano por un prieto ropón. Todo callaba como dormido, y oíd al instante los murmullos que se alzan en coro; nadie sabrá nunca traducirlos fielmente, y dá gozo escucharlos, sin embargo. El silbo de los pinos es el ensayo de una música de flautas; los domesticados naranjos dicen abónico cosas lentas y sesudas; unos álamos se entretienen en imitar con cierta maña el ruido de un chaparrón; y las tiesas cañas rubias, con sus plumeros grises y sus hojas cortantes, ¡qué escándalo han movido, que chismorreos de vecinas en el mercado, cuanta fantástica mentira se han puesto a contar con prisa, todas a la vez!

Con esto, lógicamente, se asustó el vientecillo descolgado desde la luna y allá se fué trotando hasta los montes, para esconderse como alimaña herida, en sus cuevas profundas. ¡Bajaré cualquier día robusto y vengativo, hollándolo todo con sus cien mil pezuñas invisibles, y tronchará las cañas, y los naranjos y los álamos como si fuesen cañas también!

Ahora, ¡qué silencio! En sus pausas, sentimos el monorritmo fresco del río, casi exangue, ladridos de canes vigilantes, un estridor de élitros, y cuando se cansan estas voces desconcertadas, de aquí el compás de nuestro corazón, que piensa ser el centro del mundo, soberbiamente. ¡Y ruedan, en la altura, millones de astros!

De modo inesperado, apagan y encienden rojos faroles en aquél temeroso rincón celeste: relámpagos. Y un escalofrío de miedo sacude a la campiña como un sismo. Las palmeras, esas verdes arañas encaramadas en lo sumo de sus finos troncos, ven desde sus atalayas lo que acontece al otro lado del confin, y poseídas por el más grande pánico, se ponen a cabecear diciendo, al mismo tiempo “sí” y “no”. Por aquella celeste rincónada, tan temerosa, ha metido el otoño la punta horrible de su bestial hocico.

MONTAÑAS POLICROMADAS

Los hoteles se agrupan con las Termas formando una pequeña y limpia ciudad, urbe de juguete, entre el bosque de naranjos y la sierra. Uno de estos hoteles lleva el nombre de una región española, aquella que sirve de insensible tránsito desde la llanura castellana a la suavidad cantábrica: León. Pero todo el mundo antepone a esta palabra el artículo, con lo que resulta una evocación inevitable, de la rugiente fiera, y el recuerdo de aquellas denominaciones pintorescas con que se rotulaban antaño, en la era de las diligencias, las viejas posadas de los caminos reales.

Nuestro amigo vive ahora en uno de los cuartitos de este hotel del León, más próximo que los otros albergues al fuerte muro de los montes. Una habitación blanca y limpia, llena de sol de oro. El balcón es el marco de un paisaje de tierras enriscadas, con un pino solemne en primer término, y en el telón de fondo, sobre el lomo del cerro, una asamblea de pinos juveniles, que dan al aire fino las nuevas melenas de sus copas. Hacia la otra parte, queda el río sonoro. Para mirarlo, he aquí la gran cristalería abierta sobre los naranjales. El río va cantando su balada sorda, festoneado por los cañares de troncos rubios, como esbeltas barras de miel. Arriba, el cielo es tan só-

lido, una campana azul de cristal tan firme y cuajado, que se comprende la necesidad de sostenerlo bien apuntalado con esas columnas gallardísimas y multiplicadas de las palmeras.

En otro cuartito residen Monsieur Brown y Mr. Spencer, dos altos y magros ingleses, artistas, pintores; blanca la cabeza de Mr. Spencer; más joven, Mr. Brown, ambos, con la ingenua mirada azul de la raza sajona y aquél paso elástico y poderoso de los pueblos dominadores que han plantado su huella en todo el mundo. Y como ellos desconocen absolutamente el idioma español, nuestro amigo, ante el esteril forcejeo verbal de sus vecinos con la servidumbre, recordando hasta cuatro docenas de palabras francesas aprendidas en el bachillerato, ha intentado entenderse con los extranjeros. Por fortuna Mr. Brown sabe francés. Y de este modo, nuestro amigo ha ingresado de golpe en el honroso y sufrido cuerpo de intérpretes de hoteles, ganando la estimación y la gratitud de los viajeros.

Y ellos muestran a nuestro amigo sus lienzos pintados. Han recorrido ya todo el litoral de levante, desde Gerona a Murcia, y quedan aprisionados en sus bocetos y apuntes muchos aspectos interesantes de la tierra de España vista por pupilas exóticas. Aquí está la mole de la catedral gerundense, tras un mazizo bosque; aquí la roja fábrica de un puente sobre el lecho de una rambla sedienta, en la cálida Plana de Castellón; aquí, un paisaje de serranía: árboles retorcidos, torturados, mutilados, con más raíces que hojas, raíces como serpientes muertas que abrazan a la piedra, y peñones gigantes-

cos, con bárbaras tajaduras del rayo o del terremoto: Benidorm; aquí un país seco, de ocre uniforme, con una palmera solitaria, y a lo lejos, el cielo que se hace mar: costa de Alicante.

Y mientras ven estas estampas, Mr. Brown, habla con nuestro amigo, en tanto que Mr. Spencer fuma calladamente su rubio tabaco con británica impasibilidad. De vez en cuando, ilumina su rostro una amable sonrisa de niño y dice a su compañero algo en inglés.

Y Mr. Brown va haciendo el elogio del paisaje murciano, de esta maravillosa perspectiva que se tiende ante su aguda mirada de pintor. Hemos venido desde allá arriba—dice—en busca de las montañas. No hay en Europa nada igual. Y estas que vemos son las más interesantes que hayamos encontrado. En Inglaterra las montañas son verdes, monótonamente verdes; este verde uniforme, bajo el cielo gris, se ensucia y se afea. Para copiar un paisaje montañoso de nuestra tierra, basta un tubo de verde. Aquí los montes ofrecen las más increíbles coloraciones, entremezcladas en capricho delicioso: montes amarillos, de ámbar, de azufre, del color del trigo, del color del oro; montes rojos, como un cuajarón de sangre, con rocas negras, nacidas del vientre horroroso de un volcán; montes blanquecinos, de caliza estéril, sin una fuente ni una yerba; y otros, como retazos irisados de todos los terrenos, con todas las tintas que la ambición pictórica podía desear. Y en las sierras desnudas, el agua labra, cuando las lluvias torrenciales, esas aristas agrias, esos cuchillares bravíos, esos

barrancos temerosos que al ser llevados a Inglaterra en nuestros lienzos parecen a muchos exageraciones de la técnica.

Mr. Brówn continúa:—Con estos apuntes tomados en Cataluña, en el reino de Valencia, y muy especialmente aquí, en las montañas murcianas, nosotros tenemos material copioso para muchos cuadros.

Y son ciertamente los de paisaje murciano aquellos que lograrán más éxito y en los que trabajamos con verdadero deleite estético. Hemos encontrado aquí, bajo el cielo de Murcia, una luz nueva de tan pura, que nos hace ver las cosas con limpieza inaudita. Desde los morrones de estas montañas, otros montes, lejanos muchos kilómetros, se nos ofrecen con detalles menudos, como si estuviesen al alcance de la mano: tanta es la transparencia de la atmósfera. Y esto ocurre ya mediado noviembre, cuando masas enormes de nieblas y de nubes han caído hace tiempo sobre el continente. Vea usted esta carta.

Mr. Brówn, lee, traduciendo lentamente al francés:—Hace varias semanas que no hemos visto el sol, y ahora nieva. Ustedes están, amigos míos, en el bello país donde florece el naranjo, y nuestro invierno se desconoce.—Es una epístola de otro artista inglés, nostálgico de España.

Atardece, y una brisa fresca y olorosa de campiña fértil entra por el balcón abierto. Nuestro amigo siente un poco de frío; no así los extranjeros. Una estrella diamantina se va encendiendo pálidamente en la clara altura. Míster Brówn, acaricia con voluptuosidad unas grandes naranjas de precoz ma-

durez. Los dulces globos de sol concentrado llenan la estancia de un ténue aroma fragante. En la penumbra crepuscular, Mister Brówn reanuda su elogio de las policromadas montañas de Murcia...

LOS RUISEÑORES DE LONDRES

Por la piedad de mis amigos, por la delicadísima ternura de unos hombres que supieron adivinar uno de mis más ardientes deseos, que yo creía sueño irrealizable, tengo junto a mí una cajita maravillosa: unas planchas de ebonita, unos hilos metálicos, unos resortes, unas lámparas de tímida luz fosforescente, eso es todo. Manos amadas manejan esta portentosa creación de la ciencia humana. Y de los más lejanos rincones del mundo lléganme voces y melodías, sonar de campanas famosas, estruendos de muchedumbres reunidas en las grandes salas de espectáculos, la cantarina música de una risa femenina modulada en Roma o en París.

Muchas veces pensé dar forma las emociones tan hondas y tan nuevas que me proporciona generosamente ese ventana abierta para mí sobre los más diversos y apartados horizontes artísticos; pero otras tantas he renunciado a realizar el propósito después de un inútil forcejeo de mi voluntad con los torpes medios de expresión de que dispongo.

Erán mis sensaciones tan desproporcionadas en su magnitud con la mezquina habilidad de mi pluma, que preferí dejarlas inéditas antes que vestirlas con ropas tan estrechas.

Y tampoco hallé aún el molde literario en que poder vaciar

mi gratitud, mi infinita gratitud, mi gratitud inmarchita, mi gratitud ardiente, renovada todos los días, acrecida según pasa el tiempo, el caudaloso sentimiento de gratitud que llena mi espíritu hacia todos aquellos por quienes está a mi lado esa cajita maravillosa.

Ha pasado así tanto tiempo sin que yo diga de esto nada.

Pero hoy, bajo la impresión agudísima de una nueva sacudida emocional, no puedo permanecer silencioso, anhelando llevar esa emoción hacia otros corazones que sepan compartirla.

Yo escuchaba en mi altavoz la noche del 22 de mayo, la reproducción potente y pura, de un concierto de Madrid, un concierto admirable de Unión Radio. "La Dolores", de Bretón, a toda orquesta, con su coro de guitarras y bandurrias, y las voces irreprochablemente moduladas de los cantantes y los coros. Luego, la pantomima de "Las golondrinas", de Usandizaga. No se perdía una nota ni un matiz. La trágica belleza, la tristeza infinita de ese poema musical llenaba mi cuarto como si en él mismo estuviese encerrada la orquesta. Terminada la pantomima, hice correr un poquito una de las manecillas de mi aparato. Basta operación tan simple para dejar de oír a Madrid y recoger el concierto de Londres. En efecto de la bocina del altavoz salió un torrente melodioso: el de la orquesta de baile del hotel Saboya de la gran metrópoli inglesa. Me gusta a veces oír esta música frívola, de ritmo acentuado, que invade el éter todos los sábados hasta las doce de la noche, en

cuyo momento la emisora reproduce las gigantescas campanadas del reloj de la torre del Parlamento.

Alguna noche yo he sacado a mi balcón el altavoz, esperando el momento de las campanadas. Y en la pueblerina calle silenciosa, a más de dos mil kilómetros de distancia, las magestuosas vibraciones del reloj de Londres se han esparcido potentemente, deteniendo la marcha de algún trasnochador asombrado.

Hacia las once y media cesó de golpe la música de baile. Hay en el Hotel Saboya dos orquestas; una es el jazzband puramente norteamericano, estridente, ruidoso; en ocasiones, un instrumento parecido a la "tenora" de Cataluña, interpreta un bello motivo con reminiscencias de óperas famosas; pero todos los otros instrumentos parecen burlarse de este motivo hasta ahogarlo con su zarabanda cuyo único propósito es poner al ritmo acento agudo. La otra orquesta es de tangos tan solo y debe estar formada por músicos españoles o americanos del sur, porque dicen los títulos de las composiciones en sonoro español: "Granada mía", "Olé mi niño". Y la multitud inglesa aplaude estrepitosamente esos tangos y esos títulos.

Cesaron los bailes hacia las once y media. Y aconteció entonces el milagro. Unos minutos de silencio. Un violín suena dulcísimo. Y de pronto comenzó a oírse en mi cuartito de La Unión el canto de maravilla de uno de los ruiseñores que están haciendo su nido en los grandes jardines londinenses donde la primavera principia a sonreír.

El caso es bien sencillo. La estación emisora de Londres,

algunas noches de mayo, viene colocando entre las frondas de uno de los inmensos parques de la urbe, cerca de los árboles donde han sido observados ruiseñores, un micrófono. Discretamente oculto, colócase también un violinista que ejecutando con sordina lentas melodías, excita a los pájaros a que lancen sus trinos. El violín canta en las sombras apasionadas sonatas; y pronto, en la altura, responden las diminutas gargantas privilegiadas. Ocurre así la más grata y magnífica fiesta musical que pueda imaginarse. El violín escondido expande su voz rubia, que vuela por el aire abrazada al aliento de las flores nuevas. Esto solo ya es bello. Y entre el ramaje vestido por la esmeralda recién nacida, los pajarillos comienzan a tañer sus flautas encantadas, tejiendo las serpentina sonoras que engalanan al bosque todo gozoso porque ha terminado el agobio blanco de la nieve y la fría dureza del hielo. ¡Qué sabeis vosotros, árboles jugosos del sur, floridos en Enero, de este júbilo del bosque septentrional, cuando las filomelas se enamoran de las rosas y les cantan, en el primer nocturno saturado de tibieza, sus trovas de cristal!

A millares de kilómetros, temblando de emoción, llorando de emoción, yo he oído esa fiesta divina, ese himno primaveral de los ruiseñores en los parques londinenses.

Por la potencia de la estación emisora, los ruiseñores de Londres habránse oído en la mitad del mundo. Más allá todavía, si la colosal estación de "Daventry" que se escucha en la India, ha hecho la retrasmisión. En el mundo entero, si las superestaciones de Norte América han captado la onda para lan-

zarla nuevamente. Aquí y allá perdidos entre el tumulto de las ciudades, o en el hondo silencio de los campos, millones de seres han percibido el canto remotísimo y paradójicamente presente de los pequeños pájaros. Quizá entre esos seres haya muchos que piden a la radiotelefonía un consuelo para su hastío, un aliento para su cansancio, un bálsamo para su dolor. Lo que para otro no es más que una musiquilla o una vocecita reproducida por explicables procedimientos científicos, es para la atención hiperestésica de los solitarios, de los olvidados, de los reclusos, de los sin ventura, un canto de esperanza y de consuelo que les viene de Dios. Por mi parte, al perfumarse esta cárcel de mi cuarto con los arpegios de ese ruiseñor lejísimo, y sin embargo tan próximo que me pareció sentir su trémulo y minúsculo corazón, yo he presenciado, cómo el chispazo de lo sublime abría su ampolla luminosa en la apretada negrura de mi vida. Caverna donde el tedio, padre monstruoso de la desesperanza, habría hecho un cubil inmundo, sin esa cajita maravillosa que la piedad de mis amigos colocó junto a mí!...

DE GAVIOTA

C U E N T O S

GAVIOTA

I

MARGARITA, hija mía, ¿te encuentras bien?
La niña levantó sus grandes ojos oscuros hasta el apenado rostro de su madre, y asintió tácitamente. Dorados los cabellos con desmayado tono, un sudor enfermizo pegábalos sin gracia a la palidez de la frente. Una estatuilla de alabastro el cuerpecito donde la anemia abría sus pétalos de rosa de té. La boca, marchita antes de haber madurado, tenía menos de carmín que de cera. Las pupilas, dos gotas de tristeza infinita. Y en toda la hostia del rostro, no sé qué encanto maravilloso y fragilísimo.

Apenas hablaba; solía callar largas horas con obstinación pueril, acaso por no estar siempre quejándose. De los diez años de su vida, yacía, la mitad casi, en el portátil lecho ortopédico, por obra dolorosa del mal que roía sus vértebras. Ahora, las prescripciones de la ciencia inútil y presuntuosa que no sabía sino dar a su daño un largo nombre de arquitectura griega, habían llevado el cochecito a las orillas radiantes del mar de Ulises. Las ruedas anteriores de la tabla en que Margarita permanecía tendida rígidamente mojábanse en las espu-

mas de las más audaces olas: esas que se levantan sobre el rebaño de revueltas gibas de sus hermanas como si quisieran ver lo que hay tierra adentro; y se desploman pronto, en un sueño y albo fracaso de encajes trémulos, y avanzan por la sedienta arena, que castiga su audacia devorándolas.

—¿Margarita, hija mía, como estás?

Se inclinaba la madre hacia la nena con inefable mimo, con dulzura suavísima, hasta besar la blanca frente, un poquito ardorosa. Y esta vez Margarita contestó con un susurro— como si hablase un pájaro:

—Oh, mamá, estoy bien, estoy muy bien...

Probaba a sonreír la niña. No pudo, quizá por falta de hábito en los músculos faciales que expresan el contento. Vió la madre una mueca trágica en el gesto que Margarita creyó de gozo. Y comprendió la señora la piadosa mentira de la pobre nena. Para que no la viese llorar, entonces, volvió hacia el mar el rostro. Caían al agua las anchas gotas de dolor, y acrecieron el caudal enorme y amargo. El Océano no es más que el cuenco inmenso donde se han vertido los ríos de lágrimas de la tierra. Esto creen las madres que sufren, que son todas las madres...

HÉ aquí al Mediterráneo con amplitud oceánica. De un lado, el ardor de Argelia; del otro, la perenne templanza balear; y al frente no hay tierra hasta Sicilia; ni un islote perdido. ¡Hermoso hipódromo para los corceles del viento! Corre, piafa, se encabrita la manada de potros briosos del levante. Son las olas las huellas de sus cascos en la gran planicie flúida. Se hinca en ella el cabo, como una roma daga de mella-da punta. Las dentelladas neptúnicas la deshacen lentamente en su incansable acoso: derrota del momento, victoria secular...

Si el lomo terrestre adentrado en las ondas recuerda, por la silueta, el de un monstruoso rinoceronte casi sumergido, es el faro como el cuerno nasal del paquidermo. Su ancha grupa deprímese para que nazca la playa. Es un semicírculo de áureas arenas, entre los cimientos de viejos cantiles disgregados y las olas, que fueron retirándose ya logrado su afán demoledor.

Paseáis gozosamente a lo largo de la blanda ribera. Los líquidos cristales rompen en vuestros pies su risa blanca. La neurastenia y el verano, el calor y el tedio, os echaron del urbano tumulto a este bravío y bello rincón. Sobre vosotros, como un vítreo mar inmóvil, la invertida copa celeste; junto a vosotros, como un fundido cielo rabioso, la ondulante lámina marina. Estáis en un paraje de placer estival, de alegría frívola

y rápida, fugaz como las espumas que lo ciñen, como la parabólica raya de fuego que las estrellas desorbitadas pintan efímeramente en la noche canicular. Orlan el tapiz blondo de la playa palacetes arbitrarios, con jardinillos que parecen breves oasis en la desnuda tierra salobre y que tienen, hacia el lado del mar, recios malecones donde las tormentas de equinoccio rompen su estéril furia.

Pero ahora duerme el coloso glauco. Y en su borde, bajo esta gran sombrilla que parece un hongo exótico y gigante nacido por milagro del arenal, encontráis de pronto ese grupo de la niñita enferma y de su madre. Llevan el carro de la yacente junto al agua no bien nacido el sol, y allí queda todo el día. Siéntase al lado la señora. No se aparta ni un segundo. De vez en cuando se alza, besa a la hija... Luego queda mirando al mar o al cielo,—a Dios—en espera del milagro.

Marchábais ágilmente, alegremente, bebiendo grandes tragos de aire y de luz, de azul y de sol. Un gozoso optimismo llenaba vuestro pecho, y quería hacerse carcajada o canción. Ya no será posible, por la nena tendida, por la triste mujer que está a su lado. Toda la radiosa alegría del paisaje no puede aplastar ese dolor, antes bien, parece que de él se empaña y contamina. ¿Para qué en torno—os preguntáis—tantas fuerzas vitales, para qué ese dinamismo inexhausto del mar, ese voluble alentar del viento, esos etéreos y magníficos torrentes solares, si no prestan un poco de su esencia al cuerpecito enfermo y pueril? ¿Qué cruel divinidad indiferente contem-

pla este espectáculo a través de la lente del cielo, sin temblar de piedad? Y por matar al pensamiento impío, os decís que quizá esa niña está cursando la gloriosa carrera de ángel, tan difícil...

III

Le llamaban Gaviota. No atendía de otro modo. Apenas alcanzaba los doce años. Era, en efecto, un pilluelo de la playa, una gaviota sin alas. Su madre murió cuando él naciera. Su padre fué pescador. Se hizo al mar un día de octubre; limpia mañana clara, como si el verano, por un olvido, se la hubiera dejado atrás. La tormentosa tarde fué como la expresión del odio del otoño hacia la intrusa. Y ya no volvió nunca el modesto marino...

Recogió al muchacho tío Bautista, un viejo lobo compañero del padre. Mas el poderosísimo instinto de libertad que se desarrolló bien pronto en el pequeño le hizo desertar de este refugio, acaso con íntima alegría de su protector, tan pobre casi como el niño. Durmió en el estío sobre blandos colchones de algas secas, cara al cielo; en el invierno, no le faltó nunca el refugio de los venerables cascos jubilados que se pudren lentamente, varados al arrullo del mar; el mar tiene a veces blandos ritmos de canción de cuna. Vistió ropas holgadas y andrajosas, desechos de los otros. La cabeza y los pies desnudos siempre, la piel tostada como la corteza de los panes de duro trigo. Comió de los despojos de la pesca y de los regalos del mar, como las bellas aves que llevaban su nombre, y de la generosa limosna, que nunca niegan las humildes gentes. Y en los meses del buen tiempo, cuando la muchedumbre del interior acude a la costa a remojar sus lacras y a lavarse la roña

de todo un año, Gaviota alcanzaba horas ópimas, de abundancia y bienestar.

Marchaba por la playa hacia las Puntas, a la cotidiana pesca de mariscos, cuando encontróse con Margarita por primera vez. Sin comprender, miróla indiferente. Pero en días sucesivos le sorprendió su larga permanencia en la orilla, su carrito, su inmovilidad... Acercóse a la enferma con timidez, empujado por esa invencible curiosidad de los niños. Le alentó una mirada de la madre.

—¿Es que estás mala?

Tenía los ojos cerrados Margarita. Levantó los dos pétalos de lirio de los párpados.

—Sí.

—¿Y estás siempre acostada?

—Siempre.

—¿Y nunca te levantas?

—Nunca.

Quedó Gaviota junto a la pequeña, en silencio, no sabiendo qué hacer ni qué decir. Buscaba en la sima de uno de sus bolsillos, en el arremangado pedazo de su pantalón que era todo su traje. Sacó una frágil concha de caracol, uno de sus juguetes de nácar, el mejor entre todos...

—Te lo doy; para tí.

Y lo puso en la mano transparente de la niña con rara delicadeza instintiva, como si le entregase un tesoro. Y, lleno de vergüenza, echó a correr...

IV

SEDUCE esa humilde maravilla innumerable de las conchas de mar, ese festón polícromo de las playas de todo el mundo: desde las vulgares telinas y las sedentarias patelas, hasta los grandes tritones que guardan eternamente, en su retorcida cueva, el largo, ronco mugir del oleaje; desde las tersas pechinas de aserrados bordes, hasta los prestigiosos múrices que dieron a la civilización antigua la indeleble púrpura, fenicia e imperial.

En esas floraciones de las praderas oceánicas, todas las formas, todos los colores, todas las bellezas, todas las sorpresas, todos los caprichos son posibles. Os encontráis un macizo cono de tintas pardas, sucias, y es toda su estructura de maravilloso nácar que los ácidos pueden descubrir. Los ónices parecen pedacitos de alabastro de rara transparencia. Hay bulimos rojos, como una gota de sangre, como un ascua; otros son de impoluta blancura, como espumas petrificadas. Los albos nautilus se rayan de ocre, y las conchas ciprinas recuerdan la caprichosa piel del tigre, en tanto que los estrombos gigantes se erizan de marmóreas puntas, y la nerina, de color de carne, remeda una fina pirámide de rosado marfil. Unas conchas son breves, pequeñas; otras, desmesuradas. Unas son traslúcidas, vidriosas, como laminillas de mica, como chapitas de cristal, quebradizas y frágiles; otras, pesadas y duras, se dirían esculpidas en granito. Otras son como encajes, con folia-

ciones de acanto. Las hay brillantes, pulidas, tal que espejos donde la gama del espectro se copia y danza en giros serpentinos. Las hay estriadas, con finas nerviaciones. Las hay que recuerdan a las piedras preciosas, gemas arrolladas en espiral graciosamente. Y los rubios caracoles, como virutas de oro, ¿no son, acaso, los rizos fosilizados de la cabellera de Afrodita?

Alguna vez, Dios quiere mostrar al hombre, luego de sus grandes cóleras de la tempestad, un pórtico de su palacio altísimo, uno solo entre cientos de millares. Vemos, entonces, nacer el arco iris... En los primeros días, cuando la infancia de la tierra, ¿pudo desplomarse, por un sismo celeste, una de esas curvas luminosas y precipitarse en el mar? Tras milenios de trabajo en sus escondidas orfebrerías, el mar echa a sus playas, ya trocados en nácares, los pedazos de aquel hundido arco iris, del pórtico divino que cayera a las olas con fracaso centelleante...

FUERON buenos amigos Gaviota y Margarita. Sintieronse atraídos fuertemente, con inconsciencia poderosa, los espíritus de aquellos dos niños, encerrados en tan distinta cárcel carnal. Quien sabe si por eso... Pálida, blanca, céreamente blanca, triste, débil, la nena. Bruno, curtido, de yodada piel, alegre, fuerte, el muchacho. Un capullo de orquídea y una rama de cedro. Flor de estufa cerrada, árbol de bosque. Muy pronto ella no pudo pasar sin él, con alegría inmensa de la madre, que la veía contenta si estaba allí Gaviota. Y estaba siempre. Siempre que no se lo impidiera el cumplimiento de los caprichos de la niña...

—Gaviota, tráeme conchas bonitas.

—Gaviota, busca ahora mismo una estrella de mar.

—Gaviota, quiero en esta copa un pescado vivo, que nade bien...

Lo tenía todo Margarita sin tardanza. Y se embelesaba oyendo contar al bravo amigo las incidencias de la adquisición. Las conchas se toman fácilmente, sin esfuerzo ni peligro, en los dilatados arenales costeros. El pececillo que se revolvía con viveza en la copa y la llenaba de pequeños relámpagos de plata, lo había atrapado en las charcas de la barra, breves lagos espejeantes que los embates marinos forman tras la línea de rocas en que las olas se desventran. Pero la estrella de mar... Fué preciso que Gaviota explorase la cueva de la Pun-

ta, vasta caverna que el mar ha labrado en las entrañas del cabo. Se llega hasta la boca de la gruta por un derrumbadero informe y colosal. Es pequeña la entrada. Carece por eso la oscuridad de luz. Una penumbra verdosa, un resplandor de acuario la llena lívidamente. Caen de lo alto delgadas estalactitas, rotas por la húmeda mordedura. Casi todo el suelo forma como un vaso de agua muerta y negra. Alguna vez palpitaban en ella ligeras ráfagas fosforescentes, vago temblor azul. Y este vacío que las olas han arañado en la piedra, siguiendo un filón de caliza en el granito, es para ellas como una caja de resonancia. Su voz de monstruo tiene allí cien ecos. Cuando el mar se rebela entran sus zarpas glaucas en la gruta con frenético hervor, presionando el aire confinado. El aire, ante el acoso, reacciona, se defiende: la angosta boca de la caverna vomita desmesurados surtidores. Luego vuelve a sorber, con un ronquido inaudito de prehistórico cetáceo en paroxismo de rabia. Y en las horas de calma y de silencio, el chapoteo más leve produce extrañas reduplicaciones musicales, como la vibración de una copa de cristal. Diríase, entonces, que nace de las sombras un lejano canto de sirenas, fascinadora y dulcísima sonata monocorde. Oída en la noche la subyugante llamada, todos los marinos pondrían hacia las rocas las proas de sus naves, destrozando las quillas en los veriles, si el vigilante faro, desde la cima, no lanzase su luminoso alerta, que rompe el sortilegio...

Por complacer a Margarita, bajara a la cueva en un día de tempestad...

—Hoy no fué gracia ; está la mar serena...

—Sí fué gracia, Gaviota. Además, yo no quiero que te pase nada malo. Y por traerme la estrella, toma un beso...

Lo besó la madre también. Gaviota quedó inundado de vergüenza y de felicidad, dos sentimientos para él desconocidos que se abrieron de repente en el desierto afectivo de su alma, como dos prodigiosas corolas, y llenaron su corazón de inefables, purísimos perfumes. El pilluelo de la playa, la humana gaviota en orfandad absoluta de cariño, sintió hinchársele el pecho de sollozos de gozo, y cómo al mismo tiempo— ¡cosa rara!—quería reír y llorar...

(¿Y tanto por un beso? Sí, tanto por un beso, amigos míos, niños dichosos que tenéis madre, felices, venturosos niños, en cuyo rostro ya no queda un solo rinconcito sin acariciar. Vosotros estáis hartos de la miel divina que Gaviota gustaba por primera vez, embriagadoramente. Como si fuese ciego y, de pronto, se le metiera el sol por las pupilas...)



EL penúltimo día de agosto, sorprendente mutación en el teatro del cielo. Primer ensayo general del otoño.—La cáncula es una fruta dehiscente y, bien madura, se agrieta y abre toda, y vierte sus gotas últimas de miel. Algo nuevo, que ha de sucederle, tiene prisa por llegar.—Ya no más cielos puros, quietos y calientes. Hasta ayer, ¡cuán hondos y serenos, cuán bruñidos! Hoy parece que han pasado por su cristal una gran esponja húmeda y le quitaron el vaho del calor, enfriándolo, preparándolo para los revueltos días...

Y está todo listo para el ensayo general. Personajes: las nubes, los vientos, la electricidad. Preparada, así mismo, la tramoya: el gigantesco bombo del trueno, las bengalas del relámpago, los fuelles del huracán. El espíritu de Wagner dirigirá la orquesta.

Barrocas nubes opulentas, blancas y rotundas, de andar pesado, titubeante, como si no supiesen donde ir, cubrieron, desde el alba, toda la bóveda. Remedaron, sobre la serena agua del firmamento, una escuadra numerosa de viejos galeones, desplegada al aire la fastuosa albura de sus velas. Trabadas luego prietamente, se condensaron y descendieron hasta adquirir tintes sombríos. Las masas de vapores que parecieran bloques de mármol sostenidos por maravilla en el éter matinal, después fingieron, ya fusionados los dintornos, una altísima y estática polvareda, humos densos e inmóviles. Bajo el

fondo uniforme, nacieron estratos oscuros, fuliginosos, como imprecisas rayas de carbón. En el centro del día pareció llegado el crepúsculo de la tarde. Se puso negro el mar, con aceradas ráfagas, y por ello se hizo más blanco el penacho de las olas; así es nieve el marfil de los dientes en la faz etíope. Una gran calma, una pesada y angustiosa calma gravitaba en todo, como si la mano de Dios estuviese oprimiendo el corazón del mundo. Se formó en el cenit como una vejiga de nieblas rojizas, flavas, de color de melena de león. Hinchida por fuerzas interiores, desgarróse al fin. Y de pronto, un trallazo de lumbr fulminante rajó la altura con su espadón de fuego. Luego, en ronco redoble, los tambores celestes anunciaron que la cabeza del estío acababa de ser guillotizada...

Cayeron anchas gotas cálidas y pesadas, como de sangre, que grabaron en la febril arena su huella circular. Rompió el viento las cadenas que lo apresaban y se derramó por toda la anchura del espacio. Bestia exasperada cuyas mil zarpas invisibles se hincaron en las nubes y en el mar. Desgarrados así los odres de la lluvia, cayó torrencialmente formando largas, trémulas cortinas de cristal. Y la tierra, torturada por la agosteña calentura, bebió con ansia los ráudales dulces y copiosos, como un hidrópico de bocas infinitas e insaciables.

VII

PRESENCIABAN Gaviota y Margarita la zarabanda de los meteoros desde el quieto refugio de la habitación de la nena, pegado el lecho a los cristales donde ponía la lluvia su esmeril de lágrimas. Un estremecimiento leve y rápido quiso mover el pobre cuerpo inerte. Acudió la madre con rapidez...

—¿Tienes frío, mi vida? ¡Nubes malditas, que nos han robado el sol! Ya te hará daño bajar a la playa. Dijo el doctor—“En cuanto llueva, lejos, lejos del mar, a la montaña, a las alturas. A esperar entre los pinos otro verano”.—Para entonces, estará curada mi reina. Nos iremos mañana. ¿Te vienes con nosotros, Gaviota? ¿Te vienes con Margarita, a la sierra, al sanatorio?

Gaviota quiso gritar que sí. Pero la alegría le apretó el pecho con tal fuerza que no dijo nada. Y ya, proseguía la señora.

—Pequeño Gaviota, no puedes venirte... Te quiero porque quieres a mi hija, porque te quiere ella. Te quiero porque eres huérfano, porque eres bueno, porque eres guapo, porque sí. Yo cuidaré de que pases bien aquí el invierno, de que no te falte nada, y nos esperes contento. Volveremos por tí. Pero no puedo llevarte ahora, como yo hubiera deseado. No vamos a nuestra casa. Allí sí irías tú. Vamos a un sanatorio. ¿No sabes lo que es eso? Un sanatorio es una casa grande, grande, donde van los niños que no pueden andar. Para que te dejasen entrar allí, Gaviota, habrías de estar cojo, por lo menos...

VIII

NOCHÉ relampagueante, en la lejanía, mar adentro. Ha cesado la lluvia. Los girones de la tormenta, agrupados en un rincón del cielo, intentan rehacerse. El cenit está limpio, con las estrellas recién lavadas...

Pasa la carretera por las puertas de la alta verja que aprisiona a la casa de Margarita. A la luz de los astros finge el camino una blanca sierpe dormida. Sentado en la hierba del talud, junto a la verja, está inmóvil Gaviota.

Remotamente se inflaman las bengalas de la tempestad, como señales inexplicables. Gaviota mira los guiños luminosos. Son los resplandores de las antorchas con que el otoño en ruta, ilumina sus pasos por los viales celestes. . .

Tendido el muchacho en el miserable regazo del pobre césped agostado que tapiza la cuneta, parece entretenido con la lejana fiesta eléctrica, o con la escucha de los ruidos nocturnos: he aquí una vaga sinfonía cuya nota fundamental, sostenida, monocorde, es el eco de las rompientes; élitros vibrátiles de insectos escondidos caricaturizan la flauta o el violín; el viento, sabiamente, pulsa en las liras de los árboles las cuerdas de las hojas. Ahora se oye venir un automóvil, con rápida trepidación casi musical.

Una curva del camino impide ver sus faros. Avanza a toda marcha. Las vertiginosas palpitaciones del motor expanden, en la noche, sus apresuradas ondas sonoras, como el rit-

mo de un corazón asustado, de un colosal corazón de acero. Se arrastra Gaviota por el barro hasta el centro de la carretera. Espera allí con ansia. Llega el coche raudamente, pasa sobre las infantiles piernecillas...

Dos gritos taladran las sombras, de dolor y de espanto, dos gritos trágicos, buídos como puñales; el de Gaviotá, que siente su carne destrozada; el del conductor, que al salir de la curva ha visto meterse al muchacho bajo las ruedas velocísimas.

Se va la vida de Gaviota a borbotones rojos, por las heridas de sus piernas. Y dice, a quienes le rodean, con un susurro blando, en la mirada la fiebre de su infinito deseo.

—¿Me dejarán entrar ahora en esa casa grande, grande, de los niños cojos, donde se llevan a Margarita?

LA CALDERA

FRANCISCO, el fogonero, hizo tragar al horno algunas paletadas de hulla. Después se irguió, limpiando con el duro dorso de su diestra las gotas de sudor que le bajaban por la frente, y así dejó en ella unas grandes manchas oscuras, semejantes a las que tiznaban su ropa. Y como sacudiera la tos su recio pecho, escupió un salivazo como de tinta.

Miró al reloj. Las seis. Ya se iniciaban en las altas ventanas de la nave, las primeras tenuísimas luces crepusculares, como un lejano y frío destello.

Negro por obra del carbón, rojo por la alta temperatura y por los encendidos reflejos del hogar, estaba feo Francisco; con el cuerpo giboso, sus largas piernas zambas, deformadas, nudosas, los simiescos brazos enormes, y aquella cara extraña, donde brillaban unas alucinantes pupilas, y donde parecía la boca una sucia sima abierta entre la tumefacción de los labios belfos...

A las siete—pensaba—vendría Manuel el maquinista. Vendría contento, alegre, rebosando el corazón de felicidad... Habían sido la noche antes sus esponsales con Matilde, aquella deliciosa muchacha del arrabal, bella y buena, que tanto lo quería; la misma moza a quien Francisco, hacía un año, ha-

bíase atrevido a cortejar, despertando la risa de ella y de todo el barrio.

Recordaba éste ahora, temblando de rabia, lo que le sucediera aquella tarde. . . Un amigo de la fábrica, que sabía escribir, trazó la carta de amor, llena de palabras sonoras y bonitas, que no entendía del todo. Con ella en el bolsillo se fué a la calle de Matilde, hacia la hora de la tarde en que la moza se sentaba en su puerta, ya terminados los domésticos quehaceres, muy lavada, muy peinada, en el pecho y en la cabeza dos manojos de flores campesinas, de esas que nacen solas en los días de sol... Llegaría decidido hasta ella, entregaría el sobre y le diría: “Esta noche vendré a su ventana a recoger la contestación”: ¡Aquella ancha ventana de los rojos claveles!

Entró en la calle con paso firme. Palideció de emoción. Ella, en efecto, estaba allí, en su puerta, sola, mirando jugar a unos muchachos que llenaban la tarde con sus voces alegres y violentas... Sucédiale a Francisco algunas veces, que los golfillos de los barrios bajos hiciesen burla de él. Y apenas le hubieron visto, corrieron a su encuentro y comenzaron a gritarle: “¡Jorobeta! ¡Jorobeta!” En otras circunstancias los hubiera hecho callar pronto. Pero ella lo miraba... Y siguió adelante, envuelto en la burlona luz de aquellos ojos, rodeado de los insolentes chiquillos que le seguían llamando jorobeta, cada vez más audaces, sorprendidos de su indiferencia de autó-mata. Y así pasó ante la moza, sin mirarla, serio, lento, grotescamente digno. Y la mocita no pudo ya reprimir su risa, desbordada a torrentes, en crueles carcajadas...

La odió desde aquel día profundamente, sin dejar de quererla...

¡Y se casaba con Manuel muy pronto! ¡Este Manuel bur-lón, guapo y sano, de recias y rectas espaldas normales, que llamaba, por risa, tortuga al fogonero! “¿Dónde estás, galá-pago?—entraba gritando todas las mañanas—. Y esa caldera, ¿tiene ya la presión? ¡Vamos a trabajar!”

¡Oh, sí! Cuando el maquinista viniese tendría toda la presión la gran caldera, capaz de transformarse en gigante arma homicida por un entorpecimiento *involuntario, imprevisto*, de sus complicados mecanismos...

Paralizó primero el aparato que da agua a la caldera; después, abriendo todo el tiro, avivó cuanto pudo los fuegos del hogar; lo cargó de hulla luego; tras de grandes esfuerzos finalmente, logró impedir el funcionamiento de la válvula de seguridad. Y comenzó el manómetro a subir, lento, fatal, seguro, inexorable...

Llegaría pronto a una presión peligrosa; no era difícil sostenerla hasta minutos antes de la llegada de Manuel. Entonces huiría Francisco, a paso de lobo, mientras quedaba el otro frente a la inminente catástrofe, inevitable, arrolladora...

Y unos minutos antes de las siete entraba el maquinista. ¿Cómo notó en seguida que ocurría algo anormal? Su primera mirada, rápida, antes de advertir la ausencia del fogonero, fué para el manómetro. El corazón quedósele paralizado por el asombro, por el terror, por la duda también. ¡La aguja del aparato marcaba diez atmósferas!—¡Francisco! ¡Francis-

co!—clamó con una voz que no era la suya, voz de horror y de congoja, por él y por todos los hombres que trabajan con fiadamente alrededor del monstruo congestionado.—“¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado aquí?”

El fogonero estaba lejos ya. La máquina seguía impasible su rítmica marcha, de monótono y acompasado son. Y en las entrañas de la caldera rugía la muerte...

¡Diez atmósferas! Se restregó con fuerza los ojos, pellizcó sus brazos, y volvió a mirar. Eso, sí, marcaba el manómetro: ¡diez atmósferas... y media! ¡La máxima tensión, irrogable ni un minuto! No había instante que perder. ¡Oh! ¿Dónde estaba Francisco? Entre los dos acaso podrían apagar el fuego; pero él solo... ¿Y abrir las válvulas, cerrar el tiro, dar la marcha al inyector de agua y a la máquina misma, podrían evitar la explosión? ¡Qué aturdimiento en su cerebro y en su voluntad! Hacerlo todo a un tiempo... ¡Esto no podía ser! Una cosa tras de otra, forzosamente... Pero ¿cuál primero, cuál más importante, cuál decisiva? Corrió al aparato que da agua a la caldera: ¡parado! Lo puso en marcha. En dos felinos saltos de gigante llegó al tiro: ¡abierto! Lo cerró. En seguida, para consumir fuerza, dió a la máquina toda la marcha... Miró al manómetro: ¡once, Dios mío! ¿Y la válvula de seguridad, por qué no funcionaba?

Pensó en huir. ¿Tendría tiempo... ya? Dudó un instante, algo como un relámpago de espanto que alumbró su cerebro. Vió a esta luz lívida su propio cuerpo destrozado por la metralla. Y entonces llegó hasta él, desde una de las altas y ru-

morosas naves, el canto de un obrero, ajeno, como todos, al peligro. Y Manuel se decidió a subir sobre la caldera. Quedaba la esperanza de que allí en el piso refractario por donde surge la gran válvula, llegase a hacerla funcionar. Era esto casi un suicidio. Pero seguía aquel canto dulce y lejano, inundando toda la fábrica con sus olas de armonía, entre el argentino golpeo de los martillos y el grave zumbido de los aparatos; y ya no pensó en él, sino en quienes trabajaban confiadamente, seguros de la pericia de estas manos, un momento cobardes, temblorosas...

Saltó hasta lo alto del generador, rápido, agilísimo, sometiendo sus músculos a una tensión enorme. Y vió que para abrir la válvula era preciso un hierro recio y largo; una fuerte palanca y un sobrehumano esfuerzo.

Bajó. Buscó el hierro. Todo esto en segundos, en fracciones de segundo. Y no halló más que una larga barra casi metida en el hogar, y a tal temperatura que al pretender cogerla dió un grito de dolor, dejando en ella la piel de los dedos.

¿Perdió el tiempo preciosísimo, el tiempo que era su vida y tantas otras vidas en buscar un hierro frío, que hubiera sido encontrado tarde, que ya no hubiera remediado nada? ¡Oh, no! Manuel cogió la barra, fiero y sublime, con ambas manos. ¡Debieron chirriar sus dedos en un inconcebible hervor! Empuñó aquel hierro, obsesionado, extraviado, demente de una sublime locura; saltó sobre la caldera apretándolo con sus manos, que ya no eran manos, sino dos sangrientos y horrorosos carbones. Y formó la palanca que la válvula exigía. Y sus

músculos, y su voluntad y Dios la hicieron saltar, y se precipitó por ella, con furia apocalíptica, una inmensa columna de vapor sibilante, blanco penacho que atrajo a los obreros junto al inanimado cuerpo de Manuel, rendido a la fatiga y al dolor, a la emoción y a la alegría, y así no sintió cómo llenaban de besos y de lágrimas las heridas monstruosas de sus heróicas manos...

Tardó mucho en curarse. Le amputaron la diestra y tres dedos de la otra... Y desde el hospital fué a casa de "ella", tembloroso de duda...

—¿Me quieres ahora? ¿Me quieres así?—y mostrábale el horror de sus muñones...

Matilde abrió los brazos, y lo apretó muy fuerte contra su corazón.

“Nació el día 3 de mayo de 1894 en La Unión, pueblo minero de la provincia de Murcia.

A los 11 años comenzó a sufrir los primeros ataques de la enfermedad que le reduciría a total inmovilidad. Aquellos ataques duraban tres y cuatro meses cada año.

En 1915 se hizo persistente la dolencia, imposibilitándole para salir a la calle, y ya fué aumentando progresivamente la anquilosis.

Estudió el Bachillerato y el Magisterio, desempeñando el cargo de Profesor Director en el Liceo de Obreros de La Unión durante los años del 1912 al 1914.

A los diez y seis años dió una conferencia sobre “Unidad Nacional” y publicó su primer artículo, “Jovellanos”, en un diario de Jijón. Fundó el periódico literario “JUVENTUD” en 1911, manifestando una decidida vocación por las Letras.

Su vida de contacto con el mundo exterior terminó a los 21 años.

Hubo un período de esperanza y calma en el cual el adolescente sólo ansiaba la salud.

Paulatinamente le fué llegando la conformidad a su nueva vida de quietud corporal, y buscó la compensación en los libros: leer y crear.

Escribió su comedia *OLVIDAR* estrenándola el 25 de junio de 1918 en el Teatro Circo de La Unión. En 1918 también fundó la Editorial LEVANTE en unión del escritor unionense Pedro García Valdés, inaugurando las publicaciones con su libro *SOMBRA*S cuyo prólogo de don José Ortega Munilla es un elogio de sus valiosas cualidades literarias.

La Editorial LEVANTE despliega una amplia labor de difusión de las letras regionales, publicando más de 25 volúmenes, en su mayoría de autores murcianos.

Cuando murió, trabajaba en una Antología de poetas murcianos.

No viajó, Andrés Cegarra Salcedo. Sólo conocía la capital por razón de sus rápidos viajes de exámenes. Muy pequeño era cuando se asomó, también velozmente, a Cabo de Palos. No tuvo tiempo de más. Soñaba con los ojos vacíos.

GAVIOTA, su tercer libro, apareció en 1924.

En los periódicos regionales colaboró asiduamente, y también en la prensa de Madrid y de otras provincias.

No podía escribir, ni sostener el libro para leer. Se servía de sus padres y de sus hermanos, (principalmente de una hermana, Pepita) a quienes dictaba y disponía cómo habían de corregir y ordenar el trabajo. Así se hicieron los libros de la Editorial LEVANTE, y toda su obra literaria.

Aún le estaba reservado otro tormento: el de quedarse ciego. Pero una mano piadosa, la de Dios, cerró sus ojos con ceguedad de sueño eterno cuando aún sus pupilas veían en una turbia claridad que se iba extinguiendo lentamente”.

* * *

Hasta aquí las notas sobrias, de doloroso acento, de María Cegarra Salcedo.

Aunque la magnífica figura de Andrés se presta a la más emocionada literatura, nada añadimos: para que aún resalte mejor la limpia biografía del escritor que juntaba a su talento el don de la atracción personal. Todos los que nos acerca-

mos a él quedamos prendidos a su optimismo, a su clara y graciosa amistad.

La voz del que canta, igual que el agua, sube tanto más alta cuanto más elevado es el nivel de que surge. La canción de un poeta que veía anclada su juventud, que se dolía del hierro del ancla, es en Cegarra Salcedo una canción que se aleja del dolor; que busca aquel nivel de eternidad que es el manto de agua que le dejó ser pozo de fresco cielo líquido.

Unas palabras, un girón de prosa, resumen el silencio de llanto que se acumulaba en su alma: "¡qué inútil, qué ridículo este pobre empeño de trasmutar en literatura mi dolor!..."

Pero fuera de este grito copioso de amargura, la sonrisa acojedora. Su voz caliente, imperativa, inolvidable.

CARMEN CONDE

S O M B R A S

TAUMATURGIA

PROSAS

LAS MONTAÑAS AZULES

VISTAS en lontananza parecen las montañas talladas en zafiros hialinos y gigantes. Y mi ambicioso espíritu se ha enamorado de ellas, y ardientemente las desea, y en su busca, ilusionado, sin reposo marcha y marcha. . .

Cuánto milagro atesoráis, enormes moles remotas: medrosas cuevas entrecruzadas por las estalactitas, rugidores torrentes, altozanos suaves, eminencias abruptas, impenetrables bosques como el mar rumorosos, agujas atrevidas donde anidan las águilas, enhiestos picos que la bruma envuelve como un airón esbelto. Y habéis enamorado a mi alma, bellas montañas de ópalo y turquesa, y hacia vosotras vuela este inquieto espíritu mío, a quien fascina todo lo azul.

Y hacia vosotras vuela. Llega al fin. Estremécese de ventura. Va a poseeros, y el infinito anhelo será saciado.

Sin embargo... ¿Qué acerbo desencanto se infiltra en él? ¿Por qué no encuentra ahora los quiméricos bosques, las traslúcidas piedras preciosísimas, las soñadas cavernas, palacio de los gnomos que no existieron nunca? ¿Quién ha cambiado aquel impecable azul de gema de la lejanía en algo áspero, sucio, terroso, mineral?

Vista de cerca la montaña es fea. Apártate, alma, de ella.

Desde lejos tornará a parecerse deseable, y verás otra vez pintadas de añil sus cimas. Pero no intentes acercarte jamás. Romperíase el encanto de este espejismo embellecedor que, como tantos otros, nos hace idealizar todas las imposibles y lejanas cosas. Y así llenan nuestra vida de ficciones, y con ellas acaso somos dichosos, porque decir mentira es decir ilusión...

UNA ACCION BUENA Y FACIL

CADA día, en las ciudades, aumenta el número de bellas mujeres que no tienen novio, encantadoras muchachitas que entran en la juventud llenas de esperanza y ven pasar los meses y los años en una soledad fría y dolorosa. Y así, sin saber cómo, se van haciendo viejas. . . ¡Oh, la tragedia de las arrugas y de las canas invasoras y de los labios que se enblanquecen y de los ojos que se apagan! . . . Un día, estas alocadas mozuelas se ponen a palmotear alegremente. . .—“¡Mañana cumplo años!”—Y de pronto se quedan serias y pálidas, porque han llegado a los treinta, y esto les da un poco de miedo. . .

Son bonitas, hacendosas y dulces. Algo místicas, algo tímidas. Un poquito cursis quizás por atraso en las modas, pero tan buenas, tan buenas, y con un tesoro de ternura en el corazón. . . Y no es que no se casen; es que ni siquiera han tenido novio, ni aún uno de esos remotísimos novios fugaces, tan característicos de las solteronas viejas, a quienes les sirven para suspirar muy hondo cuando se habla de amores y para decir dolientemente sus nombres, que son siempre eufónicos nombres de novela romántica. . .

Las plácidas tardes de domingo, serenas bajo esa luz de los días festivos que parece más transparente, estas mucha-

chas se asoman a los balcones de las callejas provincianas, con sus mejores vestiditos, muy lamido el cabello, y una leve huella de perfumados polvos en las cansadas mejillas... Se acodan sobre la fría baranda herrumbrosa, a esperar, a esperar siempre lo que nunca llega, a esperar como todos los días, con un anhelo tímido y palpitante, algo que rompa la monotonía cotidiana: una chispita de ensueño, unas migajas de quimera... ¡Los pobres pájaros enjaulados se contentarían con tan poco!

Qué buena obra para vosotros, los jóvenes de corazón generoso, pasear esas calles por donde nadie pasa, mirar a esas mujeres que nadie mira, echar una brazada de olorosa leña al rescoldo casi apagado de sus esperanzas. ¡Qué inmensa y eterna gratitud haríais nacer en los corazones de esas mujeres, que ya toda la vida habrían de latir para vosotros! Y os aguardarían siempre, aunque no volviéseis a mirarlas jamás, aunque nunca tornárais a cruzar por la triste calleja donde os esperan...

No olvidaros, los corazones generosos, de hacer esa obra buena, tan fácil...

ESTE HOMBRE GORDO...

ESTE hombre gordo y saludable, vestido de negro, con su gran cadena de oro y las numerosas sortijas de sus manos sudadas; este hombre que huele a manteca y a pellejos de vino y que bebe voluptuosamente su café muy cargado y chupa con entusiasmo de un cigarro pestilente, este hombre honrado que pasa la tarde del domingo sentado en el paseo, a la puerta del Casino, indiferente a todo lo que no sea el laborioso proceso de la digestión; este hombre que se deleita con la música de los gramófonos y a quien las mujeres le parecen tanto más deseables cuanto más gruesas están, este hombre feliz y craso quisiera yo ser.

¡Oh! ¡Mi almacén de aceites y vinos, los cientos de jamones y chorizos colgando graciosamente del techo, mi tiendecita siempre llena de gentes, la caja cada día más repleta, la hacienda cada vez más próspera! Tendría una mujer que se llamaría Tomasa, de hidrópica gordura, una grasienta mujer que roncaría estentóreamente en las largas noches de sueño; también tendría una dulce amiga rubia y frágil a quien haría recatadas visitas todos los días festivos, y alguna vez entre semana; esta amiguita me costaría muy cara, me engañaría

constantemente, y pondría, al besarme, un gesto de asco invencible; pero yo no me enteraría de esto, ni de nada...

Habría de gustarme mucho jugar al dominó; yo diría "domino", por la misma razón que llamaría "méndigos" a los pobres, a quienes les tendría un odio profundo, parecido al que sienten por ellos los perros de lujo de las casas grandes.— "¡Oh, qué asco los pobres!"—Otra de mis pasiones sería la brisca; jugaría a ella algunas veces con mi mujer, marcando los tantos con garbanzos, que luego de sobados harían unos potajes exquisitos...

Yo sería alcalde de barrio, luego concejal... ¿Por qué no? Y cada día tendría más abdomen y más dineros, y me arrullaría mi mujer con ronquidos más fuertes, y mi dulce amiga me engañaría con más frecuencia...

¿Que todo esto es horrible? ¡Oh, no lo creáis! ¿Y el tormento de una inquietud nunca satisfecha, y las quiméricas ansias imprecisas, y la sensibilidad excitada y estremecida a los más nimios contactos, y el doloroso anhelo de no se sabe qué espera angustiosa, y toda esa muchedumbre de cosas imposibles y deseables que hacen mi vida amarga y torturante?

¡Intento reirme de este hombre maloliente, saludable y gordo, y es él quizás quien está en posesión de la verdad y—merecidamente—se ríe de mí!

¿ SOIS TIMIDOS ?

¿ Sois tímidos? He aquí un suplicio desgarrante muchas veces. . . ¿ Sois tímidos? He aquí también una gran dificultad invencible que se alzar  siempre ante vosotros. . . Quedar is rezagados en la marcha, y el turbio tropel de los decididos y los audaces os arrollar , os pisotear , os dejar  maltrechos en mitad del camino. . . ¡ No les pid is ayuda! ¿ Cómo ellos, que van de prisa, ágiles y fuertes, han de volverse para alzaros, pobre despojo que sois ya, inútil y vencido?

Y luego, en todas las pequeñas cosas de la vida os sentir is la voluntad como rígida por la timidez, que os hace pasar desapercibidos y llegar tarde a todas partes, siempre en lidia con vosotros mismos. . . A lo sumo, después de mucho tiempo, os habréis creado una reputación de “buen muchacho”; al llamaros así, los hombres os premiarán con una sonrisa de lástima y las mujeres con una deliciosa muequecita despreciativa. . . Finalmente, nadie hará caso de vosotros. Hasta que un día logr is vencer la invencible timidez y d is un beso a una mujer o una bofetada a un imbécil. Y todos caen sobre vosotros, como una jauría, indignados porque hicisteis una sola vez lo que ellos hacen a todas horas.—“¡ Quien diría que esta mosquita muerta! . . .”

I

EL MENDIGO INVALIDO

AÚN era joven. Le cruzaba la frente un oblicuo tajo, una cicatriz morada, honda, de hinchados labios repulsivos, mamelones amados por las moscas que él oxeaba de tarde en tarde con su único brazo apto. El otro, de mano en garra, se plegaba y retorció como un sarmiento desjugado, y así mismo las inválidas piernas, torturadas por la lenta y obscura enfermedad. Dijérase un despojo miserable, que arrastraba por toda la ciudad, en un carrito de ruedas toscas y macizas, aquel perro astroso, famélico, huesudo, aquel perro de piel comida por la sarna y grandes ojos húmedos y humanos, como si destellaran pensamientos o derramasen lágrimas...

Solía estar el mendigo varias horas, inmóvil en su carro, echado en tierra el perro, junto a los pórticos de la Catedral, desde las primeras misas matinales, cuando una suave brisa juega, ágil, con las frondas del jardín de la plaza, frente al atrio... El rodante cajoncillo de viejas maderas, el can sumiso y el inválido, acogidos a la sombra gigantesca del templo, componían un montoncito de dolor quieto y humilde. Caía sobre

MUJER

Por no oír en todo tu áurea voz—hasta en el eco de los ecos del murmullo más tenue—, hice levantar en torno mío esta recia muralla de aislamiento y soledad, esta muralla impenetrable donde estoy preso. Y, sin embargo, te oigo...

Para no verte en todas las cosas,—hasta en el aire mismo, cual etérea silueta,—cerré los ojos durante mucho tiempo. De eso están ciegos, y también del llanto. Y sin embargo, te veo siempre...

Para no sentirte junto a mí—aún estando tan lejos, tan lejos—adormecí mi carne hasta las fronteras de la muerte. Y te siento muy cerca, sin embargo. . .

Para exterminarte en mi alma, desgarrándome el pecho sin piedad, partí en dos mi corazón... Y observo con espanto que ahora te amo dos veces...

DE REVISTAS Y DIARIOS

LA RAMBLA

LA rambla es ancha, ancha como un río ecuatorial que se hubiera quedado seco. Pasan años y años sin que discurra una vena de agua por este formidable cauce, hondo y estrecho en la sierra lejana; ancho, ancho aquí en la llanura desnuda y abierta. Durante muchos meses del año, la arena de la rambla se halla tan caliente como la del Desierto: si la cogéis entre los dedos, antes de huir culebreando, os quemará como un hierro al blanco. En vano buscará el pájaro o vosotros el hilo trémulo de una fontana en el pedregal de este lecho. Si estáis en su centro, y los taludes marginales os vedan la visión de los pobres cultivos en los campos propíncuos, y es julio o agosto, podéis creer en el Sahara.

Paraíso de los lagartos, estas piedras quemadas y calientes. Piedras preciosas, esmeraldas, los ojuelos de estos animales fríos y rápidos, enanos de los saurios, caricaturas de cocodrilos, cocodrilos venidos a menos en el enorme río seco que es la rambla.

Hace mucho tiempo, uno, dos, tres siglos, las hermosas montañas donde la rambla nace, estaban vestidas de bosque, traje suntuoso de pinos y de encinas que los hombres del llano fueron arrancando a girones. En toda la cuenca de la rambla

sólo queda un pino muy viejo, arrugado como un labriego de noventa años empeñado en vivir. Por carcomido y escleroso, el único hombre del llano que no ha emigrado todavía lo desprecia desde su casuca. Pero este invierno sin lluvias arreciará el frío; una mañana transparente, con cuchillos de helada en el viento, el último hombre del llano abatirá al último pino del monte, venderá su cadáver y se marchará lejos en la bodega hedionda de un barco de emigrantes.

Ahí quedará la rambla ancha, ancha como un río ecuatorial que se hubiera quedado seco. Un otoño cualquiera lloverá por cinco años en una sola noche. La rambla transformada en río verdadero arrastrará a la abandonada casuca borrando toda huella de trabajo y de humanidad en el páramo que hace uno, dos, tres siglos tenía fontanas con risa de agua corriente y huertos con risa de hombres felices, cuando la hermosa montaña vestía su traje de encinas y de pinos.

EL ÁLAMO

HE visto una casita rural con un pozo junto a la puerta, y al lado del pozo, un gracioso álamo que tiene el tronco lleno de arabescos y las hojas de color de plata con polvo; un álamo legítimo, no cabe duda. Y como la casa está en lo alto, en la tierra seca, y el agua del pozo es amarga, el dueño de todo tiene amarrado a su álamo al modo de un perro labrador: es que pasa el río cerca, un poco más a lo hondo, con su agua dulce y renovada, tan alegre y tan fresca. Pienso que si el dueño de todo suelta a su álamo, el gracioso árbol se marchará hasta el río como un libertado perrito labrador.

EL ESPARTO

ESTA fibra de esparto, seca, rígida, esa fea fibra de esparto, ¡cómo se agarra a la peñota, a la entraña de granito del galayo! En la suma altura el galayo orgulloso se levanta con audacia inmóvil. Y en todo su corpachón milenario y durísimo, solo ha podido ese esparto hincar el largo, fino diente de su raíz. Medrados jugos los que da la piedra, y así ha nacido ese vegetal ahilado, tenso y punzante como la hipertrofia de una espina. Mas ¡qué maravillosa cuerda de arpa esa espina hipertrofiada, allá arriba, en el seno de la orgía de los vientos! El viento del norte, el de tierra, el del páramo, el viento del ocre y de los caminos, el viento febril en estío y glacial en invierno, el viento de la sequía y del polvo, el viento sucio, hace llorar al esparto, de calor de frío, de asco, de sed. El viento del sur, el del mar, el viento mediterráneo, el viento del agua y del azul, siempre tibio como una respiración humana, el viento que trae la dulce niebla y el regalo de la salina humedad, el viento sano y limpio hace cantar al esparto gozosamente de bienestar y de alegría. La cabezota pétrea del galayo no comprende lo que dice esa humilde voz, y se empeña en tapar al esparto la bella visión marina. Y no piensa el coloso

en que la fina raíz le va mordiendo lentamente el dorso de granito, hasta quebrarlo en un fracaso de alud.

¡Al fin ladera abajo con estruendo de trueno los cien pedazos de la cumbre! El esparto quedará arriba, frente al mar, cantando la canción del aire tibio, húmedo y salino, cantando dulcemente, como una cuerda de arpa, sin saber lo que ha hecho...

GIRONES DE PROSA

EN el día alegre: (Fluyen, normales y purísimas, mis fuentes endocrinas; como un cronómetro de astrónomo que tuviese, en su argentina sonería, una campanita microscópica para las décimas de segundo, marcha mi metabolismo basal; por esto, o quién sabe por qué, yo estoy lleno de gozo).

Yo estoy lleno de gozo, y la mirada ingrave va hacia todo como en un vuelo de pájaro audaz, acariciando blandamente el dintorno de las cosas: sobre el agua hialina que es el cielo, boga el esquife de una nube recién pintado de blanco; las golondrinas, que acaban de llegar tienen el plumaje impregnado por las esencias gomosas del bosque fastuoso y tropical donde invernaron; esa bella palmera está bailando con la brisa un elegante y pausado minué; el jazminero se llenó, en una noche, milagrosamente, de cientos de blancas estrellitas de olor; y una niña, bajo un dosel de rosas, está cantando una ingenua canción conmovedora que besa a mi corazón...

En el día triste: (¿Quién ha envenenado mis fuentes endocrinas? Como el torpe reloj de un faquín marcha mi metabolismo basal; por esto, o quién sabe por qué, yo estoy lleno de pena).

Yo estoy lleno de pena, y la mirada vuela hacia las cosas

como un pájaro herido, arrastrando el grillete del desaliento: el cielo me parece de agua sucia, agua de arroyo con lavanderas, y las nubes, manchones de jabón de sebo; ¡fuera las golondrinas, gritadores, pequeños cuervos ridículos!; esa palmera que el desapacible viento sacude epilépticamente, es una escoba vieja y sucia puesta del revés; ha caído sobre el jazminero raquítico, desde el roñoso paredón, polvo de cal; y una niña grita bajo un rosal que sólo tiene espinas, el estribillo idiota de una canción insoportable que me hiere el corazón.

PRIMAVERA

EN el mar cuajado—petrificadas aguas de ocre—de la estepa anchísima, la casuca de la guardabarrera es como una verruga, como un tumorcillo de adobes; barro reseco, donde la vieja sed abre las bocas de mil grietas, cañas podridas, maderos en los que la carcoma ha montado su diminuta y temible fábrica de serrín.

La tierra de esta llanura parece maldita, toda saturada por sales amargas que no la dejan verdecer; el cielo que cubre esta llanura parece maldito, siempre de una pureza estéril, o con áridas nubecillas decorativas, como pintadas para recreo de los ojos, en pugna con la monotonía azul. En muchas leguas no hay un árbol, ni una hierbezuela, ni un nidal: cantós rodados, pedregales, alguna charca salobre; por las noches, frío hasta la helada; durante el día, calor hasta la asfixia. La brisa aquí es desconocida; o el ahogo de las calmas totales, o el ultraje frenético del huracán; y se pasa del frío al fuego en un salto de horas.

La guardabarrera vino al páramo desde los grasos, fecundos huertos que baña el lejano río. Ella es aquí una desterrada. Entre la casa y las bruñidas paralelas del ferrocarril, sus manos se afanan por sostener un intento de vida vegetal.

ellos, desde la altura, la voz piadosa de las campanas y acaso, con la broncea vibración, la llovizna invernal, o el manotazo rabioso de los vientos. Y en el tiempo bello de las rosas, cuando un sol jubiloso pone risas de luz en la imafrente y pierde el edificio su tristeza exterior, parecía ella concentrada, refugiada, en el hombre y el perro, y en el liviano vehículo... Plañía el pobre a los fieles. Y rozaban su cabeza, en fugitiva caricia, las alas negras de las golondrinas que dibujaban en el cielo nítido la complicada trama de sus vuelos; eran evoluciones altas y amplias en torno de las gemelas torres esbeltísimas, de la redonda cúpula, del breve bosque urbano, tan orgulloso con la esmeralda de su traje nuevo; y otros giros más bajos, de radio menor, sobre la fuente patinada, alma cantante y centro del jardín...

II

LA CIEGA DE LOS OJOS BELLOS

DE qué color eran los ojos de María Dolores?
Cuán difícil hallar, a esta pregunta, rápida y precisa contestación! ; Tan bellamente indeterminadas y trémulas las apasionadas tonalidades de aquellos iris, hondas ventanas de alma! No negros, como estremecidos coágulos de pena, como retazos de ese terciopelo de abismo que es la bóveda nocturna en el ardiente Sur; tampoco azules, pequeños cielos nítidos, lagos gemelos de agua mediterránea, prodigiosas y minúsculas praderas, de añil; ni glaucos, tal que adensada linfa marina, o francamente verdes, del venenoso tono del ajenjo, o tintados en la amplia y suave gama del gris, como discos de acero o como ceniza de las fulguraciones luminosas en que encendíase a veces la placidez de la mirada. Más bien, ópalos vivos.

El ópalo es, sin duda, la gema de encantos más proteicos, entre la multitud de piedras raras que la divina omnipotencia ha redimido de la vulgaridad, alzándolas hasta el trono fastuoso de los príncipes y el dulce y tibio seno de las bellas mujeres, desde el lodo donde se descomponen en tierra sus her-

Unas plantas humildes crecen precariamente en continúa batalla con el medio hostil. Dos veces al día la guardesa va al paso de los trenes,—torbellinos de estruendo—alzada la banderola de señales, y ya ha terminado su trabajo; todas las horas, para el mimo de estos arbustos, y para ellos también la cristalina agua dulce que se trae de tan lejos, y el abrigo durante la noche peligrosa. Todo, en espera del milagro de una flor.

Y ha llegado, en fin, mayo. De todas las escarchas, de todos los aquilones, de las fiebres solares, del amargor del suelo, solo ha vencido una corola: pálida, desmedrada, como la sonrisa de una niña enferma. Pero basta su influjo para que sobre muchas leguas de tierra muerta se expanda la alegría de la primavera, por obra de estas manos de mujer.

VERANO

LA herradura de arena de la playa enlaza los dos promontorios de rocas negras. En esta barrera repetida, las olas se dejan su rabia para llegar domesticadas, sin fuerza ni furia, a la alfombra de finos topacios donde se clavan las patas de los barracones estivales. Delante de ellos, en el agua mansa, cabecea la escuadrilla de las barcas pesqueras. Y está varada una de las naves, en jubilación de vejez, tendida sobre un costado como una bestezuela herida e inútil.

Ya no sirve esta barca para nada; tan bien como saltaba sobre las olas, en el deshecho temporal, y sorteaba la barra en quiebros ágiles, y sabía dar al viento la gran ala de su vela. Ahora ya, no es más que un armadijo de maderos podridos.

Día de calma. Bochorno espeso. El mar está durmiendo la siesta. La luz del sol es lumbre. Los hombres que faenan en las redes sudan penosamente. Esta damisela de la ciudad, vestida de tenues telas gime bajo el agobio del tremendo calor. El agosto del Mediterráneo, es un poderoso horno encendido.

Y bajo la sombra escuálida de la barca inútil, su viejo patrono, rumiando añoranzas, vuelto de espaldas al mar, tiembla de frío.

OTOÑO

YA está cerrada la ventana. Junto a la frialdad transparente de sus cristales, en estos días color de ceniza ¿no os gusta leer aquel bello cuento de Almendrita, la minúscula niña, tan linda, tan frágil, prisionera del feo topo que la quiere tomar por esposa?

Mientras seguís el curso de la historia pueril, las golondrinas rayan el cielo pálido, en bandadas viajeras hacia el Sur. Aquí ya está cerrada la ventana.

Almendrita escapa de la negra topera, del túnel largo y miedoso que es su cárcel. Y junto a una de las puertas, he aquí el cadáver de una golondrina. Pero no es un cadáver. El pájaro medio muerto de frío, sorprendido por la escarcha precoz, no ha podido emprender su vuelo emigratorio.

Almendrita lo cubre de algodón en rama, le hace volver a la vida plena, y luego se acomoda entre sus alas, bien ceñida a la golondrina por el breve cinturón de terciopelo de su traje. Y allá van la niña y el pájaro hacia el país maravilloso de la primavera que no acaba, lejos del topo feo y de su negro palacio subterráneo.

Ya está cerrada la ventana. En el día color de ceniza, ¡qué anhelos de golondrina nacen en vuestra alma, prisionera de la tristeza otoñal! Prisionera, como Almendrita en el negro palacio subterráneo del topo horrible.

INVIERNO

AHORA, y todo el año, y siempre, nieva en mi corazón.

EVOCACION DEL TIEMPO DE ESTUDIANTE

IMAGINO, a veces, estar frente a un alto muro ciclópeo, muralla gigante, de hacinados peñones sin más traba que su propio peso; mole incommovible que ningún esfuerzo físico podría horadar, cabe tenderse al pié de esta barrera en espera de no se sabe qué, cabe asímismo la gentileza del salto atrás, en busca de otro cariño. La evocación y el recuerdo no son otra cosa que rectificaciones del avance del pensamiento. Divina gracia aquella que nos permite revivir el pasado cuando el presente no es gustoso. Yo quiero irme ahora, en un raudo vuelo imaginativo, a los días del bello tiempo estudiantil.

Me acuerdo de aquella impresión rumorosa y fresca de los árboles enormes que nos salían al paso en las estaciones de la huerta, y luego en los jardines y en las carreteras de la ciudad. Nosotros, los muchachos de aquel colegio, veníamos desde una tierra tan seca, tan gris, tan estéril, a este oasis que se bebe al río... ¿Y la fiesta del agua corriente, dando en los azules su salto espumoso y musical? Ibámos a Murcia a examinarnos y a ver pasar el agua bajo el doble arco patinado del viejo puente. Y aquella visión fresca y rumorosa de los árbo-

manas de anónima estructura, que no cristalizaron perfectamente o no tiñó algún óxido metálico.

Dos ópalos maravillosos, cambiantes, aquellos ojos de vario tornasol. Sobre un celeste, diáfano reflejo de mediodía vernal, destellos de oro o de violeta, luces sombrías o claras, al compás de las ideas y las pasiones que tras los encantados prismas se asomaban curiosamente al mundo: llanto sin lágrimas, aún más patético que los amargos raudales; silenciosa risa, aún más alegre que el estruendo de la carcajada; día cegante, noche negra, en rápida alternativa; serenidad, inquietud, elocuencia callada, éxtasis, vórtice, inocencia pueril de angélica estirpe, malicia sávida de adolescente iniciación. ¡Oh vanas, frías incoherencias, cómo no lográis remedar, ni en copia torpe, la agilísima fuerza expresiva de aquella mágica mirada!

Ante las cataratas de emanaciones psíquicas fluyentes de sus pupilas, todas las demás gracias menos espirituales de María Dolores, que se abrían, como rosas de fragancia carnal, en la griega euritmia de su cuerpo, parecían esconderse con timidez retráctil, miedosas del seguro vencimiento. Y luego del hallazgo de los ojos, ninguna otra de sus bellezas podía cautivar con tiranía tan grata y fuerte, de gustosa opresión: ni el trigo maduro de sus cabellos, casco de Walkyria; ni la talla en cerezas de los floridos labios; ni la felina y suave soltura de la juvenil marcha; ni siquiera el melódico reir de cristal de Bohemia.

Cerró una noche el sueño aquellos ojos, imponiendo su imperio cotidiano, su mimetismo de la muerte, y al alzarse los

descansados párpados, en la mañana nueva, para dar paso a la luz recién nacida, fué la horrible negrura de los ciegos la que llenó el espíritu de María Dolores como una densa agua maldita, como licor de sombras que brotasen del áspero costado de la Desgracia—bestia de Apocalipsis—a una fiera zarpada del Destino.

Sin prodromos, sin dolor físico fué aquello: caricia rápida y monstruosa. ¿No adviene así lo irreparable? Todos los días entrábase las áureas ondas hasta el lecho virginal, con lento avance algodónoso, y besaban ledamente el rostro dormido. Y en el amanecer triste despertó la niña al tibio halago, y se quedó asombrada de no recibir en sus ávidas retinas el choque de la luz, cuyos mimos le andaban por la piel.

Tras el minuto secular de duda, el taladrante grito trágico, expresión de la certeza.

—¡Madre, madre, no veo!

Puso, a tientas, las vidrieras de par en par, y quedó envuelta en el suspiro dulcísimo de la radiante mañana de primavera, tenue brisa de rosas, y en el inefable, dorado manto del flúido solar...

—¡Madre, madre no veo!

Y abría los ojos locamente, desmedidamente, en medio de la noche y del abismo...

Señor de los espacios y del polvo de mundos que los llenas, Señor de la tierra y del fuego, Señor del viento y del mar, Señor de la luz gloriosa y de la noche dantesca, Señor que has

creado las alas del espíritu y los gusanos de la carne, ¿por qué Señor, quisiste destruir la maravilla que tú mismo crearas? ¿Señor nuestro, por qué?

III

EL MILAGRO DE LA PIEDAD

ABRÍA paso, entre la rumorosa muchedumbre con oleadas revueltas de bravía mar, un escuadrón bizarro de húsares. Luego, los clarineros, hincando en el invisible seno del aire los lanzazos sonoros de sus cobres, notas lentas, agudas y solemnes de marcha mística y triunfal. Y las dos largas líneas paralelas de los fieles, agrupados según sus hermandades, tras los recamados estandartes de seda y pedrería; y el polícromo lujo de los uniformes próceres—galones áureos o argentinos, penachos esbeltos de plumas, placas y cruces cuajadas de gemas, vanidad de alto precio—junto a la burda estameña gris de los hábitos monacales. Y rodeada de agudas bayonetas humilladas, y de volutas de incienso, y de sacerdotes vestidos de púrpura, un anciano cardenal de facies triste y empalidecida, toda nieve purísima la testa venerable, un poquito encorvado el dorso, de cansancio, y en las temblorosas manos santas, pequeñas manos de niño rosadas delicadamente, un criselefantino crucifijo tallado por Benvenuto. Y circundada de chispazos de aceros desnudos, y de la gigante oración colectiva de la

multitud, sobre una montaña de rosas y de luces, la imagen adorada de la Madre de Dios, en su frente sin mancha la rustilante corona ofrendada por el pueblo...

Alcanzaba la procesión los pórticos de la Catedral, ya iniciado el desmayo vespertino. Emblanquecida la cenital turquesa, nacía la sombra en los rincones de la gran plaza, con fluir callado de escondidos hontanares; una fría ráfaga hizo quejarse a la fronda exigua del jardín. Y en la honda altura, el primer lucero escintilaba ya tímidamente, como un dorado corazón remoto.

Junto a la escalinata central, un hediente montón de carne miserable esperaba la llegada de la Virgen. Un viejo corcovado, con una enorme llaga sangrienta en la boca inmunda. Un hombre inverosímilmente vestido de andrajos, tatuada la piel por los roedores arabescos de la lepra. Una mujer como talla en cera, y en los brazos, un repulsivo niño deforme, un cuerpecito de sabandija colgando, semejante a una piltrafá, de la cabeza colosal, blando vaso de pus que parecía manarle de las pupilas pútridas. Una muchacha rubia y fina, envarado su tórax de pájaro por los brazos inflexibles de la escayola. Y el tullido del perro.

La marea humana empujó turbiamente a María Dolores hacia los primeros escalones del ancho graderío, donde el grupo de lacerados bíblicos se abrió para recibirla; de igual modo las ondas densas de un pantano darían paso a una estrella... Y como oyese, ya cercana, la metálica voz de los clarines, Ma-

ría Dolores hincó en la piedra las rodillas, junto al inválido del carro.

Inconscientemente agrupados los sin ventura en torno de la angélica niña ciega y del informe cuerpo del tullido, de hijos todos en el mármol, sintieron avanzar el trono de la Virgen. Sintieronlo avanzar, febriles de deseo, de esperanza y de duda, de duda horrible en el corazón de una esperanza que da sus llamas últimas, que se siente morir. Y llegó la Señora, ante aquellos precitos de la tierra...

Alzó el inválido la espantosa frente para clavar en la faz de la Virgen su desesperada mirada de súplica. Y en el breve camino halló los ópalos muertos de María Dolores, los ópalos bellísimos e inexpresivos retratando serenamente la tristeza infinita del cielo crepuscular.

¿Estremecióse el hombre hasta las raicillas de su alma por el espectáculo de un dolor mayor que su dolor, por la amargura contagiosa de aquellas quietas pupilas de extrínsecos destellos donde temblaba el cristal del llanto? Dios lo sabe, que derramó en su pecho el balsámico deseo. Y fué que olvidándose de sí, tan desgraciado, pidió a la Virgen en plegaria muda, con todas las potencias de su espíritu, con formidable pasión tensa, con arrolladora fe, luz para aquellos ojos.

Tan limpia de egoismo la florecilla franciscana de este anhelo, que apenas germinó en el corazón del hombre, ya había fructificado. Y así María Dolores sintió derretirse y evaporarse prodigiosamente la sólida negrura que la aislaba del mundo exterior.

—¡Oh, Señora, Señora, qué hermosa eres!

Vivos los ópalos de nuevo, veía ante sí a la Virgen, que parecía sonreírle con dulzura inefable.

Quiso gritar, llorar, reír. Estaba toda llena de claridades tumultuosas, de luces materiales que se le adentraban en torbellino y que parecía beber su cuerpo con avidez de hidrópico. Y sólo dijo roncamente, las manos elevadas al cielo con ademán de alas abiertas:

—Veo, veo, veo.

Hubiera caído en tierra vencida por el choque, tan rudo, con la intensa felicidad. Y entonces fué cuando el hombre tullido saltó del carro, por voluntad de Dios, el hombre que no había pedido para sí y que hundido en la sima de su angustia supo olvidarse de ella por el dolor ajeno, y la recibió en los brazos sanos y fuertes, firme sobre las piernas musculosas, vencida en un segundo la vieja invalidez...

Un resplandor de gloria cubrió el cielo, espantando a las sombras de la noche. Caía la multitud de bruces, rodeando a los elegidos en vórtice de asombro como herida por el relámpago de Saulo en el camino de Damasco. Y nadie vió desprenderse del rostro de la Virgen dos diamantinas lágrimas de júbilo, que rodaron al polvo musicalmente: esas dos gemas portentosas que unos niños encontraron en el atrio al siguiente día, y que los lapidarios más expertos no han podido tasar...

IV

C O L O F O N

¿**Q**UÉ nada de eso es cierto? Pero es bello, sin duda. Es bello, y basta...

PROSAS

SINCERIDAD

HE aquí la pintoresca exedra. En su centro, una ideal mesa de mármol; y yacente sobre ella, el cuerpo desgarrado y palpitante del primer amigo en ausencia que ha acudido a nuestro recuerdo, en la cotidiana evocación. Las rojas sierpe-cillas de las lenguas ávidas y nerviosas, como bisturíes vivos se hunden con gozo cuerpo adentro, alma adentro; cortan, hienden, seccionan, cauterizan... Divino, dulce placer éste. O agridulce, mejor... Y de pronto nos miramos un poco avergonzados, acaso arrepentidos de haber ido demasiado lejos, de haber sido excesivamente crueles, o quizá pesarosos de nuestra timidez, que nos impide decir esta deliciosa enormidad que estamos pensando y que pugna por asomarse a los labios llena de gracia, de impiedad y de envidia vergonzante...

Pero ha ido atardeciendo. La sombra, agazapada en los rincones, sale de ellos muy despacio, en tanto que la luz se va pintando de rosa, y luego de violeta o de un opaco, vagoroso, patético azul. Y se nos entra por los balcones, y siéntase a nuestro lado amicalmente, la vieja emoción vulgar del véspero, que nos hace un instante enmudecer...

Mas la greguería torna pronto, con nuevos bríos tras del descanso breve. Se hizo la luz eléctrica con súbita explosión.

Ya está iniciada la discusión eterna sobre literatura, sobre literatismo; polémica zigzagueante y estruendosa, desigual, llena de incoherencias, a veces encendida con relámpagos polícromos; una frase que se irisa con resplandores internos, un tropo que fulgura y chispea como luz de bengala, una alada ironía cortante, o una mordacidad, corrosiva como un ácido; a veces, largamente hundida en la mediocridad más espantosa. Y en esto llegas tú, buen amigo burgués.

Vienes de comer callos en una exigua huerta de la periferia urbana, toda estéril y gris, y de beber ese espeso vino morado que empaña suciamente, al escanciarse, la bella transparencia diamantina del vidrio con un plebeyo vaho sanguinoso. Hiedes a gasolina de motocicleta, que huele mucho peor—nadie sabe la causa—que la gasolina de los automóviles. Y al pronto no te asustan nuestros gritos, asordado como estás por el escape horrisono de tu máquina. Pero reaccionas sin tardanza, inadaptable al medio...

¡Cómo te horrorizas de oírnos feliz hermano craso, y con qué hondo y despreciativo rictus frunces tus gruesos labios para disimular la risa que te causa nuestro vano, violento debatir! ¿De qué cosa útil, comprable o vendible, estamos hablando? ¿Qué beneficio material, pesante, tangible, digerible, es el objeto de nuestro afán? Y te estremeces de pavor cuando nos oyes que sólo ambicionamos la posesión del ideal como todo tesoro. ¡Oh, el ideal! Qué cosa más tenue, más vaga, más etérea, más hueca, más efímera: espumas, nubes, humo, nada...

Gozamos puerilmente con tu espanto; y para deslumbrarte más aún, para exasperarte y aturdirte, nos encaramamos hasta las cimas de la hipérbole o sobre los lomos sinuosos de esos nuevos pegajos que se llaman ultraísmo, cubismo, dadaísmo. Y ellos hacen absurdas cabriolas—¿absurdas? ¡Oh, quién sabe!—al sentir en sus flancos nuestro vario acicate, péndulamente, desconcertantemente admirativo o burlón...

¡No te rías, no te asombres, no te burles! Intentamos, amigo, con todos esos pasos de pirueta, ocultarte que somos, allá en lo hondo, tan pobres hombres como tú...

MIRANDO A LO ALTO

UN dolor vivo y hondo me corroe. ¿La traición de un amigo en el que puse toda mi fe, o acaso el engaño de una mujer a quien dí mi espíritu por entero? No importa la causa, sino el quemante desasosiego y la tortura desgarradora, que se hincan en el cuerpo y en el alma como finas espinas ponzoñosas. Y he sentido nacer allá adentro, en lo más obscuro y recóndito, el torrente desatado de la ira ciega, que es un irrefrenable caudal maldito de aguas negras y pestilenciales.

El turbión sucio me envuelve, me acosa; me dominará pronto... Pero yo intento resistir. ¿Hacia qué puerto seguro he de dirigirme? ¿Dónde se hallan la paz sosegadora y la aquietante calma que me salven?...

Por la abierta ventana se ve un gran pedazo de cielo desvaídamente azul. Es ya el atardecido. Se diría que presiente la frialdad del cercano tiempo de otoño, y las inacabables y polícromas fastuosidades de sus crepúsculos.

La noche, agazapada tras las altas montañas que cierran la llanura hacia el Oriente, llena de prisa y de odio, ha lanzado una flecha de su aljaba contra el enorme corazón de la tarde, y la ha clavado en mitad de él. Comienza a brotar sangre por la ancha herida, y todo el cielo, antes pálido, se tiñe de vivos

tintes: es que ha empezado la agonía lenta y suntuosa de la luz; se lleva ella clavada la flecha en su pecho; y a la mañana, en la hora de la resurrección, habrá de devolverla, hincándola en el cuerpo etiope de su enemiga, que sangrará a su vez...

Y ahora, en lo alto, comienza la orgía del rojo con todos sus matices y sus aspectos, desde los graves morados y la púrpura antigua, hasta el carmín y los corales, y el suave y tibio rosa femenino y carnal; bordados de rubí sobre amaranto con cenefas flamígeras; ígneos cráteres hondos y profusos; surtidores de lava de grosella, de granate y de minio; fulvos lagos de fuego donde hierve la luz; largas fajas de anaranjada transparencia, con flecos irisados y finísimos; manchas oscuras, de un gris candente de hierro en la forja, manchas de nubes que dibujan siluetas extrañas y movedizas de compleja estructura; animales absurdos, pétalos irreales de una flora de ensueño, fantasmas imposibles; todo este raro mundo danzando etéreamente sobre un lejano término de color malaquita. Y a esta agitada fantasmagoría de las tintas violentas, sucede con tránsito impreciso, la inacabable gama de los matices tenues, apagados, anémicos, en tanto que la noche va saliendo por encima de los pétreos picachos, y con los densos ropones que la envuelven limpia de sangre el cielo para borrar las huellas de su crimen. No queda en la gran bóveda sino un inmenso manto de frío violeta acuoso, cual mojadas cenizas. Y en él se encienden misteriosamente las lucecitas trémulas de los remotos mundos.

Primero es una sola y tímida chispa; luego, cien; miles

muy pronto; o millones quizás... Contemplo absorto cómo van naciendo silenciosamente, cándidamente. Áureas ascuas donde jamás ha de llegar ningún vuelo terreno; luces lejanísimas, tan apartadas del corazón que os anhela, insensato, como a novias imposibles. Aumenta vuestra lumbre y vuestro número cuando se borran del lienzo del cielo las últimas pinceladas diurnas; y extintos ya del todo los postreros vestigios solares, hundida la tierra en la sima de la sombra, es tan sólo en la infinita altura donde vibra la luz, refugiada en vuestros breves nidos de oro. Y en el cielo profundo y diáfano que es de purísimo cristal, forman legión innúmera los mágicos fanales.

Hay entre todos ellos un lucero magnífico, de tonos azulados, hacia el que van mis ansias. No quiero saber el nombre que dan los astrónomos a ese mundo. Ellos lo habrán cubicado valiéndose de cálculos inexplicables y complicadísimos, de los absurdos logaritmos y de la fabulosa raíz del grado *ene* y representarán su volumen por un nueve seguido de veinte ceros; a mí me parece una leve chispa de diamante. Ellos habrán medido la distancia a que se encuentra de la Tierra, y es posible que sepan cómo su luz tarda en llegarnos diez centurias. Yo sueño que podría cogerse con la mano desde los curvos lomos de los montes. Ellos lo tienen catalogado en sus atlas como una estrella fija de primera magnitud. Yo no sé si es un verso o una rosa clavados en el cielo, o un ritmo luminoso, o el encendido corazón de una virgen, o acaso la inefable mirada de Dios... Y pienso que es un núcleo de oro donde siguen viviendo todas las almas buenas que aquí abajo se escapan de

su cárcel; y con ellas los perfumes bienolientes que se desvanecen, las risas de los niños, las gotas de rocío que se evaporan, y esas dulcísimas lágrimas que a veces derramamos sin motivo real...

Estoy pensando estas cosas ingenuas y pueriles ante el viejo espectáculo maravilloso que los hombres desdeñan cotidianamente, hundidos con afán en la tarea de sus múltiples cosas, complicadas y pequeñas. Y la magna visión de los horizontes sin término ha ido llenando mi alma de una indefinible y aquietadora melancolía que ha deshecho bien pronto mi tormenta interior, y ha curado mis llagas cual mirífico bálsamo. Se ha dormido la ira, y en sosiego la charca, es una limpia lámina espejeante donde las estrellas se reflejan con su dulce serenidad.

Y ahora, en este momento lleno de pureza, cuando mirando a lo alto hallé la paz deseada, ya no me importa encontrar en mi camino al hombre que me arrancó la fe o a la mujer que me robó el espíritu. Me parece que habría de abrazarlos...

EL INÚTIL ENSUEÑO

ALGUNA vez—por dolor, por alegría, por piedad, por rabia,—debísteis de llorar. Pero la vergüenza, o la hombría, o la corrección, yugularon esas lágrimas, represándolas virilmente. Y en vez de salir a la luz para vestirse de diamante—trajes cristalinos de seda de iris, tornasolada y fugitiva,—cayeron a lo más hondo del vaso del alma; y allí quedó encharcado el amargo licor...

Luego, en la negra cisterna, ese agua parece muerta mucho tiempo, ciega e inmóvil, hasta que se evapora, para no corromperse, y llena enteramente la estremecida caja roja del corazón. He aquí, después, las depresiones del barómetro espiritual, que condensan en nieblas ese vaho de viejas lágrimas. Y ya ha nacido la Melancolía...

Entre los panoramas vitales y vosotros esa nébula gris, parecerá el contorno hecho de hoscas perspectivas, inasequibles y feamente manchadas de ceniza cuyo rescoldo ya está extinto. Cúbrese el medio día con gasas vespertinas, como si todo se apagara por colapso de la generosa luz cenital y radiante que regala, en circular ofrenda, la fiesta del color. Cuanto vibraba en plenitud de vehemencia—luminaria o sonido—como reclamo o sollicitación pasional, como voz que lla-

mase al hombre, se amortigua y calla paralítico bajo la doble pesadumbre del silencio y la sombra. No se dispararán las flechas del deseo. No estará tenso el arco del afán. ¿Para qué? De la antigua alegría ardiente sólo queda una escoria en la que no es posible repetir el mito del ave fénix; tan grandes su frialdad y acabamiento. Y es así nuestro dueño el Desencanto, pálido príncipe morboso. . .

Intentaréis—¡ en vano!—poblar de quimeras el gran vacío interior, para colmarlo de algún modo, vueltos de espaldas al paisaje cuyos limpios cristales ha esmerilado la Melancolía. O quizás os domine el vicio extenuante del recuerdo. Con la varita mágica de las evocaciones, haréis salir de las tumbas del pasado los pobres esqueletos de las dichas de ayer. Y os parecerá vivo lo que tan sólo está galvanizado, y es como una empolvada caricatura de realidad que piruetea macabramente, en el escondido Guignol.

¡ Romped el maleficio melancólico! Fundid de nuevo en lágrimas la opiácea, adormeciente nubecilla. Libráos de ese resorte sutilísimo que se os enrosca al alma con insidia, como una tóxica sierpe tropical, en volutas que parecen de humo y son de acero. Si logra trasfundiros su ponzoña, si os consigue oprimir, séreis ya siempre, siempre, sin posible remedio, esta cosa tan triste, tan idiota y tan bella: un soñador...

PAISAJES

EL VALLE

POR lo más hondo reptaba el río. El valle es ancho, circular, encinturado de eminencias, humildes y gredosas hacia una banda, ásperas y enriscadas por la otra parte, la del Sur. El río es humilde, de caudales magros, que en estío se soterran en una arena de oro, retostada, desértica; bajo su ardiente capa movediza, queda escondido el húmedo tesoro, que vuelve a ver la luz en los primeros días otoñales para copiar los fastuosos crepúsculos de púrpura, de fuego, de ámbar, de topacio. Son aguas gordas, rojas, sucias, que sedimentan en las jarras una costra de almagre. Y en los remansos trémulos, donde el río quiere detenerse para alongar su vida, ya miedoso del mar, parecen sus caudales una emulsión de sangre y cielo...

Ambas riberas nutren a los rizomas de las cañas, de foliación en bayoneta, y a las maléficas adelfas, y a los esbeltos juncos y mimbreras que hace vibrar la brisa con agrarios silbos. Sobre esta flora a ras de agua, se levantan—caen en desmayo triste—las ramas de los sauces, y el grupo musical de los grandes álamos con los troncos leprosos y las hojas temblantes. Vencido ya el talud del cauce, breves cuevas gemelas, comienza el naranjal que huele a novia en desposorio, el naranjal maravilloso cortado por viales de moreras artificial-

mente desnudas. Aquí y allá se abre la apretada fronda, y otros árboles en fruto, de un verde nuevo y delicado que no conoce el invierno, que ha nacido de besos del sol marzal, arraigan en los huecos del bosque oscuro y nevado de azahares y allí van hinchando los cálices de sus flores hasta hacer de ellas pomos.

Cuando la tierra se empina en promesa de monte, deja de recibir el halago del río. Entonces brotan de ella los contorsionados troncos del olivar, con la empolvada plata de sus copas, y los finos almendros que el sol de enero cubre de rosas impacientes. Y si la tierra insiste en la empinada, y la promesa de monte llega a ser realidad, abren los pinos sus sombrillas verdes para encubrir los afloramientos de piedra silícea, armazón y esqueleto de las cumbres. Más arriba, las fibras del esparto sirven de pobres cuerdas de arpa al rabioso viento de montaña. Y en lo cimero, los galayos desnudos, que saben hendir con sus cuchillos de pedernal el fofo vientre de la tormenta. Desde los pétreos lomos, se adivina el Mediterráneo, lontanamente, como una condensación de cielo...

¡Oh, el gran manto de cielo que cubre este paisaje, la limpia y comba lámina de zafiro que es su fanal! Sólida agua azul de lagos irreales. Por ella, dulcemente, bogan los cisnes de unas nubes...

La tierra, enamorada del alto azul, quiere llegar hasta él, apasionadamente. Se levanta la sierra con ese loco intento. Mas cansada muy pronto del esfuerzo de cíclope, se hunde en

los precipicios, se deprime en barrancos pavorosos... Y la llanura, entonces, intenta herir al cielo con las puntas de lanza de los cipreses o el verde surtidor de las palmeras...

F R I O

ENTRE el monte áspero de piedra seca, mal trabada, parecido a un escorial, y a la ancha serenidad marina, he aquí el pequeño llano, vestido de verde. Una mancha casi redonda. La casa, el centro. Un diámetro, el barranco que desciende desde los picachos a la playa, como honda tajadura dilatada en abanico, ya cerca del agua. Otro diámetro, el camino del litoral. La circunferencia del seto besa al monte y al mar tangencialmente. Tres cuadrantes son de prado. El otro, un ensayo de jardín.

Rosas vulgares al pie de la columna vibrante de una palmera, laureles, áloes, naranjos de fronda de charol. En un rincón soleado, huyendo de los vientos versátiles, se despliegan las grandes sábanas verdes de un grupo de musáceas.

Son altas cañas amarillas, de esbeltísima traza, de brillante color de miel. Arriba entregan a la luz los penachos de sus hojas, como desmesuradas velas que el aire desgarrar con chasquido sedoso. Están pintadas de esmeralda claramente. El sol hace brotar de este cogollo una gigantesca flor morada, como la hipertrofia de una magnolia cuyos cándidos pétalos se hubieran manchado de heces de vino.

Recordando su ardiente patria tropical, las colosales hierbas crecen con prisa y exuberancia, animadas por el ejemplo

de la vieja palmera, secularmente aclimatada. Es dulce el aire como un aliento de mujer. Es el sol cálido. Está el mar quieto, como amodorrado. Un largo, rítmico latido de corazón turba, de vez en cuando, su sueño de zafiro. Y las plantas exóticas, que un capricho ha puesto en este boceto de jardín, no sienten la nostalgia de los climas nativos.

Pero se ha ido el verano hacia el otro hemisferio. En medio del otoño, cuando las musáceas han logrado su plenitud, una violenta sacudida corre por los cielos mediterráneos: reflejos del norte. Ya ha nevado en las altas mesetas, en sus contrafuertes montañosos. Y en esta noche de noviembre hace frío junto al mar irritado, hace frío bajo las serenas estrellas límpidas. Tiemblan las hojas plumosas de la palmera, que sabe que esto pasará. Pero el bosquecillo de las musáceas se estremece de espanto. El viento helado lo sacude sin piedad. Desgarra las hojas soberbias, las retuerce, las trucida, hace de ellas guiñapos innobles; las piñas inmensas de las flores van dejando caer sus pétalos, abarquillados, retorcidos, como despojos sucios. Cuando el matinal sol piadoso haga morir al frío con sus millones de áureas lanzas, las cañas esbeltísimas de brillante color de miel sólo serán cadáveres.

En esta primera noche fría del año, pienso con angustia en la agonía silenciosa y terrible de esas pobres plantas de las tierras febriles que el capricho ha hecho arraigar en el jardín. ¡Qué inexpresable tortura, su lenta muerte! Mientras ellas se hielan, fecundánse allá lejos sus hermanas felices, bajo el radiante cielo ecuatorial...

EN LAS CUMBRES

LA más ancha calle del arrabal, ya desnuda de edificios, sigue campo adentro con el nombre de Paseo de los Chopos. Retuércese entre cortinales, remedando la cola de un saurio tendido al sol. El suburbio alargado, grande y hediente, verdoso de años y humedad, costroso de roña, está echado junto al río, como un viejo y dormido cocodrilo.

Los finos, altos chopos copian las flechas de sus copas en los turbios cristales del regajal. Por ambos lados del paseo se derrama la amplitud de la campiña. Más alto que las tierras de cultivo—fecundas tierras abertales dóciles al arado—el camino que paramentan los jarifos árboles es como un balcón abierto sobre la llanura, como un soberbio belvedere al que toda ella se ofrece sin secretos...

Cotidianamente, en el atardecido, salía un hombre de la ciudad. Desde el largo, sinuoso mirador, él gustaba, a lentos sorbos, la suave delicia del véspero. Cada curva del paseo renueva, modifica las perspectivas, las corrije y mejora, les otorga el don maravilloso de la variedad en la unidad. Y en sus contemplaciones, siempre volvía el hombre su dorso a la urbe. De tal modo le quedaba enfrente—término último, que cierra el horizonte—el gran lienzo dentado de la montaña. En esas

horas dulces de la muerte de la luz, cara a la brava sierra, aprendió a amarla. Altozanos infantiles y mamblas de femenina silueta son los primeros contrafuertes del coloso, escalón inicial del inmenso graderío. Le siguen las colinas y los cerros que los barrancos tajan, y los montes adultos, con enmarañadas barbas y melenas de bosque, que cubren sus cabezotas pétreas. Y apoyándose en ellas, enhiéstanse las glabras cimas, audaces novias de las nubes, madres eternas de las nieves...

Llegó a amar la montaña, mirando en los ocasos su belleza invariable. Él huía del hervidero pasional de la ciudad, que había sembrado en su corazón polen de gusanos, gérmenes inquietantes y malditos. Y el doloroso bullir de confusos deseos, de polimorfas apetencias que lo conmovían, aquietábase allí, en mitad de la anchura campesina, con el apagamiento crepuscular, como si las inquietudes cordiales no fuesen sino reflejos de la agonía luminosa. Y cuando había en su alma floraciones de paz, y era noche en el valle, aún quedaba mucho tiempo, en lo más alto de la sierra, un resplandor de rojas tintas tenues, faro de su sosiego. ¡Oh, alta, pura lucerna!

Quiso ir hasta ella un día. Muy de mañana dejó la ciudad con paso de peregrino, en las horas imprecisas del alba. Era el cielo de plata nitescente, con tachas de oro pálido de estrellas. Se fueron apagando las trémulas ascuas. Él cruzó la llanura. Ya copiaba al zafiro la bóveda suma, cuando alcanzó el lugar en que la tierra empieza a hincharse. Nacen de ella troncos atormentados de olivos bíblicos. Les suceden los fustes del pinar. Y el suelo sube, decididamente.

Y penetró en el bosque. En los millones de verdes agujas de sus hojas quería copiar la brisa el ronco estruendo del mar. Voz sorda, larga y temblorosa, como un reprimido lamento varonil. Pronto se espacian, en la áspera ladera, los grupos de árboles. Se hace más rápida y difícil la vertiente. Bárbaros hacinamientos de peñones ciclópeos dificultan la ascensión. Son como las ruinas convulsionadas del palacio de los titanes. Y entre los bloques mal trabados, hierbas humildes abren sus flores olorosas.

Apretaba el corazón del hombre la argolla del cansancio. Quieto un instante, miró atrás: ¡qué pavorosa hondura! En lo más bajo, la nevada movediza de las nieblas matinales escondía el ancho llano con su flúido ropón. Y todo el pinar era un tapiz tendido sobre los cimientos de la montaña...

Otro esfuerzo. Y ya, el ápice... Se sintió todo envuelto por la luz solar, gloriosamente, como en un baño de vapores de cro. Va la sierra de norte a sur, como un meridiano. Él la había escalado por su bisel occidental. Y así, pasó de súbito desde la azul penumbra a las áureas lumbres cegadoras, ya alcanzada la divisoria culminante. . .

Cuando pudo expandir la mirada, ¡cómo se le metió por las pupilas la gigantesca maravilla del paisaje en círculo, del panorama hecho de inmensidades terrenas y celestes! Y quedó como en éxtasis, hincadas las rodillas en la más alta piedra. Nada, nada sobre su frente sino Dios...

Y en lo hondo...—La perezosa niebla se había utilizado hasta desaparecer.—El mundo de los hombres ¡qué miserable-

mente pequeño! La ciudad ruidosa y bullente era una manchita gris rodeada por los diversos tonos esmeráldicos de la llanura: el verde jugoso de los huertos, el verde denso de las viñas, el fértil verde claro del maizal. El río, una delgada, zigzagante barra de acero; los chopos del paseo y los otros boscajes de la ribera, islotes pavonados emergiendo del glauco lago vegetal. Y los caminos tegían por la ancha planicie su amarillento enredo, como hilillos de seda cruda que bordase el capricho.

El aire de las cimas, inefable, purísimo, acarició los pulmones del hombre y le regaló el precioso presente de la euforia. Toda fatiga borraróse de su cuerpo, toda tristeza y hastío de su alma. Parecióle que había llegado en un vuelo hasta la cumbre, en un gracioso y fácil vuelo de alas propias nacidas en su espalda milagrosamente. Y alucinado, se tocó los hombros; sentíalas palpar, impacientes y poderosas, capaces de ademanes aquilinos. (Quitad a la atmósfera un poco de presión, agregadle un poco de oxígeno; he ahí sus efectos en el espíritu de un hombre de llanura y de ciudad.)

—Las cosas de allá bajo—pensó—tristes y negras, la violencia y las lágrimas, no llegarán jamás aquí. Son tan pesadas, feas e impuras como insectos deformes...

Pero un sollozo hirió sus oídos... Un hondo sollozo humano henchido de congoja. Y vió cerca de sí, medio oculto en los canchales cimeros, sentado en una peña, los codos en las rodillas, entre las manos la meditativa frente, a otro hombre que

había llegado antes que él; otro hombre que estaba sollozando como un niño perdido, no importa por qué pena...

(Volaban largo rato en el azul sin fondo dos águilas, con sereno ritmo y majestad. Cayeron de pronto una sobre otra en lucha ardiente. Su grito desgarrado llenó el cielo de clamores de rabia y odio. Sin perder el dominio del aire, se despedazaban las grandes aves en la altura, como los seres humanos en lo hondo: con la misma fiereza...)

...Porque el Dolor cubre la tierra mucho más alto que las cordilleras más próceres, y se extiende por el universo mucho más lejos que las estrellas más remotas. Es acaso el éter en que los orbes nadan. Punzante efluvio, por el cual laten los corazones de los hombres, esos mundos minúsculos, y los mundos sidéreos, esos corazones gigantes...

GIRONES DE PROSA

PAISAJE NEVADO

EN la noche invernal de plenilunio—parecía el mundo metido en una caja de nácar transparente—se fué cuajando la etérea luz en nubes: finos vellones de algodón en rama. Crecieron hasta semejar ovejas que pastaban, en la pradera altísima, las margaritas de las estrellas. Pronto la celestial manada se las hubo comido; y multiplicándose los vaporosos rebaños, cubrieron blancamente toda la bóveda, como en un derramamiento de la savia lunar. Nevó, al fin. Nevar es llover luna.

¡Dulce, blanca mañana, toda llena de luna molida, de polvo de luna caído de lo alto: de nieve!

Se han terminado, para siempre, los bellos plenilunios en que el mundo parecía estar metido en una caja de nácar transparente. Es la luna,—rota—esa harina de mármol que disfraza de payaso a la tierra.

¡Pero, oh milagro cándido! La tibieza diurna ha fundido esa careta del paisaje, la ha licuado en un charco cristalino. No bien vuelve la noche, se levanta la luna de la oriental ribera, de sus propios despojos, como un fénix de luz... Se desdoblaba, y camina por el charco y el cielo...

ESTALACTITAS

DE qué escondido hidrofilacio del espíritu vienen las lágrimas? Interiores y dolorosas filtraciones nutren su venero de amargos jugos, destilados en el complejo alambique del Dolor.

Manáis siempre—¡merced altísima!—en esa gran caverna resonante que es el alma de los poetas, lubricando su sensibilidad. Y allí, por obra vuestra, van formándose las estalactitas de los versos, maravillosamente...

BRISA, VIENTO

HABÍA una brisa dulce, caricias de no se sabe quién. Pero se hizo fuerte y fría: viento. ¿Qué ha ocurrido en el cielo que amedrenta a los ángeles? Bajaron ellos cerca de la tierra, y oreaban nuestras frentes con los abanicos de sus alas. Ahora se han asustado. Y en el rápido vuelo de la huída levantan este viento, frío y fuerte...

PROA TAJANTE...

SE la llevó el blanco navío para nunca volver. ¡Mar adentro, proa tajante! Hinchábanse de brisa las panzas de las velas, graciosas combas níveas como pechos de gaviota... ¡Proa tajante, mar adentro!

¿Por qué no hice de mi corazón trémula navecilla, raudo esquife rojo, breve barco de coral? Lo hubiera propulsado la hélice del cariño, mar adentro, proa tajante...

SILENCIO

ESTÁ tan lejos, pero... Vaya este soplo, como el aire, por encima del mar:

Este amigo, de pronto, sin interés, de una manera laxa, quizá tan sólo por llenar el silencio, os pregunta:

—¿Te acuerdas?

¡Ciencia prodigiosa y difícil del disimulo, colosal esfuerzo íntimo para frenar el corazón, sismo del alma cuyas convulsiones no estremecen el músculo más pequeño del impassible rostro! Sencillamente respondéis.

—No.

Y otra vez el silencio, con su invisible garra

LIMADURAS DE SOL

ERA tan largo el crepúsculo, por el esfuerzo del sol en no morir del todo, que estaba la luz llena de dolor de cansancio. Por esto, de pronto, la negrura. Una losa de basalto cierra el sepulcro del día. Y están limando al sol, en la Gran Fragua del otro lado, la que no se ve nunca. Renacerá tan redondo, tan bruñido, tan nuevo y to en su inmensa vejez. Y va cayendo, arriba, el polvillo que se desprende de su limar: estrellas...

ROSAS

HORAS lentas, febriles, de modorra, horas que siguen al mediodía estival. Horas blandas, semilíquidas por obra del calor, dilatadas, agrandadas. Penumbra. Luz de miel. Y unas rosas que parecen de carne: blanca, olorosa, femenina. Oculto detrás de ellas, un egipán—el Diablo,—hace muecas lascivas...

LA VOZ DE FILOMELA

PASAN rápidamente bajo el cielo,—hondo y limpio,—las flechas negras y aladas que disparan desde los oasis sahárnicos o desde el suave y largo valle del Nilo azul: golondrinas. Y en las frondas del huerto están ya haciendo su nido los ruiñesores. La apasionada avecica llena las vernaes noches luminosas con la armonía de su garganta. Un balbuceo inicial, como un lamento tímido, como una dulce queja. Y luego, de súbito, las prodigiosas ondas musicales, que nacen, que ascienden, que se mezclan, que se oponen, que se adelgazan tenuemente, que se hinchan hasta la plenitud, que estallan y se rompen en girones de sonidos para hacerse suspiros antes de morir. Y un blando silencio recamado de susurros misteriosos. Y de nuevo la amplia onda lírica: explosiones, modulaciones, rápidos trinos que son como risa, estribillos dolientes que parecen lianto... Y todo bajo el denso ropón nocturno, que se prende a la altura con clavos de oro...

Suena la voz de Filomela, porque es llegado el tiempo de todas las fragancias, el tiempo milagroso de los versos. De los besos también, que son versos escritos con los labios.

Suena la voz de Filomela, como expresión de la alegría del mundo. Pero yo estoy llorando...

HOJAS

EL temblor de las hojas de los álamos es un afán de vuelo. Sumergida en lo azul, entre los cielos del cielo y del remanso, sueña la hoja que es un ala pequeñita y ágil. El travieso vientecillo la sollicita, meciéndola. ¡Tortura del pecíolo! Y es trágico el destino de la pobre hoja, siempre temblando de deseo, pues que no ha de volar si no ya muerta...

NUBES

¡QUÈ bien flotan, en el matinal cielo nuevo, las inocentes, redondas, ligeras nubes blancas, pompas de jabón en el juego de los ángeles! Pero esa gran plancha de plomo de la tormenta, ¿cómo puede mantenerse prendida a la altura? ¡Debe de pesar tanto!... Se adivina, tras de ella, un formidable artificio elevador, no sé que grúa gigante y compleja cuyo resoplido de cansancio es el trueno: largo rechinar sordo, fatigoso, que los ecos redoblan...

PALABRAS

ALGUNAS palabras son duras, como bloquecillos pétreos, no sé por qué. Si breves, suenan a estampidos; si largas, a redoble marcial. Recién nacidas, estas voces debieron semejar diamantes facetados. Pero caídas en el torrente del idioma, bataneadas por el uso, las aristas se han pulido hasta borrarse: el poliedro magnífico se ha cambiado en guija de arroyuelo.

AURORA

SE buscará lo inédito, aún sabiendo que no ha de ser hallado. Siempre el rostro hacia la aurora, hacia todas las auroras. Y no levanten diques, los excelentes profesores fosilizados, para contener las pujanzas de la marea nueva; esto la irritaría. Quede libre, plenamente, y veréis como ella misma se repliega, luego de un fracaso de espumas... ¿Podría surgir de mese a la tormenta nuestro humilde fervor...

SI DIJERA

SI dijera este horrible pensamiento que se mueve en mi mente, esta idea lívida, untuosa, reptante, vermiforme, esta idea larga y pajiza que es como una tenia cerebral...

DESILUSION

○ H, desencanto, cruel ponzoña, cómo has entrado en mí!
Qué inútil, qué ridículo, este pobre empeño de transmutar en literatura mi dolor...

ESTE MIEDO...

ESTE miedo a la muerte, este horror al Final...

Para la carne, reposo de piedra. Luego, pudrirse no es sino transformarse, acaso en rosas...

Para el alma, ¡qué júbilo!—Vuela, soplo inefable, sobre los valles hondos y la llanura inmensa de los mares inquietos, vuela sobre los bosques, y las ciudades, y los campos, y la espalda robusta de las sierras. Y más arriba. Vuela sobre las nubes y los vientos. Y más arriba. Vuela hasta los luceros de la noche. Y más arriba, más arriba aún...

¡Oh, ambicioso deseo! Cabalgando sobre el lomo de fuego de una estrella errante, ir de mundo en mundo, como las ígneas mariposas de la fauna del vacío. Ir hacia lo remoto con afán insaciado, novia siempre la proa del más allá... Perderse en los abismos infinitos, sin esperanza de retorno. Y súbitamente, encontrarse humillado a los pies de Dios. Y que una voz suavísima y potente—como un trueno sonando en una flauta—diga, llenando el orbe de sonora dulzura:

—Acércate, hijo mío...

INDICE

	Páginas:
Razón de este libro.....	7
Biografía de Andrés Cegarra Salcedo.....	II

S O M B R A S

PROSAS:

Las montañas azules.....	19
Una acción buena y fácil.....	21
Este hombre gordo.....	23
¿Sóis tímidos?.....	25
Mujer	26

DE REVISTAS Y DIARIOS

La Rambla.....	29
El Álamo.....	31
El esparto.....	32
Girones de prosa.....	34
Primavera	36
Verano	38

	Páginas:
Otoño	39
Invierno	40
Evocación del tiempo de Estudiante.....	41
Noche de septiembre.....	44
Montañas Policromadas.....	47
Los Ruiseñores de Londres.....	52

DE GAVIOTA

CUENTOS:

Gaviota	61
La Caldera.....	78
Taumaturgia	87

PROSAS:

Sinceridad	101
Mirando a lo alto.....	104
El Inútil Ensueño.....	108

PAISAJES:

El valle.....	113
Frío	116
En las cumbres.....	118

GIROES DE PROSA:

Páginas:

Paisaje nevado.....	125
Estalactitas	126
Brisa, viento.....	127
Proa tajante.....	128
Silencio	129
Limaduras de sol.....	130
Rosas	131
La voz de Filomela.....	132
Hojas	133
Nubes	134
Palabras	135
Aurora	136
Si dijera.....	137
Desilusión	138
Este miedo.....	139

Este libro se acabó de
imprimir en los talle-
res tipográficos de
"Editorial La Ver-
dad" S. A. el día
12 de enero de
: 1 9 3 4 :

